

A antir

Monografías y Documentos
sobre la Historia de Tarifa

Batalla naval de Guadalmesí (año 1342)

Wenceslao Segura González

Batalla naval de Guadalmesí (año 1342)

La batalla del Sallado del año 1340 no fue el final de la guerra entre cristianos y norteafricanos. Al año siguiente el rey Alfonso XI continuó las operaciones militares. En el Estrecho patrullaban las flotas de Castilla, Aragón, Portugal, Génova y Mallorca, que se enfrentaron en varias ocasiones a la armada que preparó el sultán de Marruecos. En la ensenada de Guadalmesí, a unos diez kilómetros de Tarifa, se desarrolló el más importante de estos combates navales, que al igual que los restantes concluyó con la victoria cristiana. Debilitada la flota musulmana, Alfonso XI decidió poner sitio a Algeciras.

Introducción

Después de la victoria cristiana del río Salado en el año 1340, no se registró ninguna nueva invasión norteafricana en la Península. De aquí se podría inferir que esta victoria fue la responsable del fin del protagonismo que los benimerines marroquíes habían tenido en España.¹

Este razonamiento es falso y fruto de la visión a posteriori con la que necesariamente hay que construir la historia. Los protagonistas coetáneos de estos acontecimientos reconocieron que la batalla ganada en las afueras de Tarifa iba a quedar registrada como uno de los grandes hitos de la historia nacional. Pero también eran conscientes de que la guerra continuaba y que la amenaza benimerín permanecía.

¹ Sobre la batalla del Salado véase: HUICI MIRANDA, Ambrosio: *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, Universidad de Granada, 2000, pp. 331-387; SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: "La batalla del Salado" en Tarifa en la Edad Media, editor Manuel González Jiménez, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Tarifa, 2005, pp. 173-200; SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: "La batalla del Salado según Gil de Albornoz", *Aljaranda* **58** (2005) 9-15; SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: "El desarrollo de la batalla del Salado (1340)", IX Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar, 2006 (actas pendientes de publicación) y LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel: "La batalla del Salado sobre la toponimia actual de Tarifa", *Aljaranda* **67** (2007) 2-10. Para la historia del reinado de Alfonso XI véase SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, José: *Alfonso XI*, Diputación Provincial de Palencia, 1995.

Una curiosa circunstancia se había producido. La victoria terrestre había sido total para los cristianos pero la batalla naval que se había dado previamente, les había sido adversa. La flota que con tanto sacrificio había puesto Alfonso XI en el Estrecho estaba diezmada por los enfrentamientos con el enemigo y por el azote de la peculiar climatología de la zona. Sin embargo, la flota musulmana estaba íntegra. El sultán benimerín Abu I-Hasan decidió licenciar su flota antes de que se produjera la batalla del Salado. De tal manera que los norteafricanos podían fácilmente volver a juntar un gran ejército y reorganizar su flota para intentar un nuevo paso del estrecho de Gibraltar. ² Esta fue la decisión que tomó Abu I-Hasan, que tuvo como respuesta la continuación de la conocida como batalla del Estrecho por parte de Alfonso XI.

Al poco de lograr la victoria en la batalla de Tarifa, Alfonso XI mandó reunir Cortes en Llerena a final del año 1340. ³ Aunque no se ha conservado el correspondiente cuaderno donde se recogieron los acuerdos, sí sabemos que tuvo como principal asunto la recaudación de fondos para continuar la guerra contra los moros. Los procuradores reconocieron los esfuerzos del rey “señaladamente en aquella batalla [la de Tarifa], en que fueron vencidos los Reyes de Marruecos et de Granada”, pero expresaron su preocupación por los muchos impuestos que estaba sufriendo la población. ⁴

Alfonso XI reconocía que necesitaba mucho dinero para pagar las soldadas de los vasallos que le tenían que acompañar a la guerra, a lo que

² La capacidad que mostraron los musulmanes para rehacer su flota era equiparable a la que tuvieron los cristianos. Incluso después de las derrotas navales que los musulmanes sufrieron en el año 1342, fueron capaces de preparar otra armada pocos meses después. En efecto, en el mes mayo del año 1343, en pleno sitio de Algeciras, Alfonso XI comunicaba a Pedro IV de Aragón que los reyes de Benimerín y de Granada juntaban gran flota para socorrer a Algeciras, MOXÓ Y MONTOLIÚ, Francisco de: Estudios sobre las relaciones entre Aragón y Castilla (ss. XIII-XV), Institución Fernando el Católico, 1997, p. 125.

³ Las Cortes debieron celebrarse a principio del mes de diciembre. Estando en ellas el rey otorgó un privilegio a Pedro Fernández de Castro el día 6 de diciembre, ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego: Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, 1795, tomo II, p. 105.

⁴ Gran Crónica de Alfonso XI (en adelante Gran Crónica), preparada por Diego Catalán, Gredos, 1977, vol. II, p. 449 y Crónica del rey don Alfonso el Onceno (en adelante Crónica), Biblioteca de Autores Españoles, p. 331.

había que sumar lo costoso que resultaba mantener una flota en el Estrecho. Aún así decidió reducir sus peticiones económicas.⁵

La preocupación del rey por la guerra contra los musulmanes se reflejó en la rapidez con que hizo los libramientos a los ricohombres y a los caballeros de su mesnada que debían ir con él a la campaña que se iniciaría en la primavera del siguiente año.⁶

A comienzo del mes de marzo de 1341 el rey mandó por sus vasallos y por algunos concejos de la Frontera para que fueran con él a la guerra contra Granada.⁷ En el consejo real se propuso ir contra Algeciras pues algunos pensaban que estaba muy debilitada por la derrota que sufrieron

⁵ “[...] et pidióles poca quantia en servicios y en monedas [...]”, *Cronica*, p. 331. Los servicios eran impuestos extraordinarios que los reyes pedían, en la mayoría de los casos, para pagar el costo de la guerra; su importe era establecido por las Cortes bajo requerimiento del rey. La moneda a la que se refiere la Crónica es la moneda forera un impuesto que se le pagaba al rey en ocasiones señaladas para que no modificara la ley de la moneda. En la época que comentamos se convirtió en un impuesto solicitado con frecuencia y ya sin contraprestación. Su importe quedó fijado en 6 maravedíes en León y 8 en Castilla para cada pechero, véase LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Editorial Complutense, 1993.

⁶ Los ricohombres eran los miembros de la alta nobleza y seguían en categoría a los miembros de la realeza. En cuanto a la guerra se refiere, debían “traer pendones et aver cavalleros por vasallos”, por eso fueron llamados ricohombres de pendón y caldera. Tenían la potestad de confirmar los privilegios concedidos por el rey. No significaba lo mismo ricohombre que hombre rico, mientras que éste era persona rica en cuanto a bienes materiales, en el primero la riqueza significaba honra, véase ARALUCE CUENCA, José R.: *El libro de los estados Don Juan Manuel y la sociedad de su tiempo*, José Porrúa Turanzas, 1976, pp. 83-90 y DON JUAN MANUEL: *El libro de los estados*, Universidad de Barcelona, 1968, pp. 154-156. Una interesante hipótesis del origen de la palabra ricohombre en MORALES, Ambrosio de: *Discurso de la verdadera descendencia del glorioso doctor Santo Domingo*, pp.9-10.

⁷ Las guerras se iniciaban en primavera, con la llegada del buen tiempo. Aunque la crónica real no dice la fecha del reclutamiento, hay que suponer que fue a principios de marzo, dando tiempo para la formación de las mesnadas convocadas y para el reagrupamiento de la hueste en Córdoba. Además, se conoce una carta de Sancho Manuel, hijo de don Juan Manuel, al rey Pedro IV de Aragón, fechada el 5 de marzo de 1341, donde le comunica que Alfonso XI le pidió que fuese para la Frontera “para esta entrada que quiere faser a tierra de moros”, GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *Don Juan Manuel*, Academia Española, 1932, p. 638.

los moros en Tarifa el año anterior. La misma idea surgió el mismo día de la victoria del Salado. Así se lo comunicó por escrito el arzobispo de Toledo, Gil Albornoz, al obispo de Frascati el mismo día de la batalla: “¡Lástima que no tuviésemos vituallas sino para dos días! ¡Si hubiésemos estado abastecidos para un mes, es indudable que podríamos llegar a conquistar el castillo de Algeciras!”⁸ De la misma opinión es la Gran Crónica de Alfonso XI: “[...] si el rrey de Castilla fuera luego cercar la çiuðad de Algezira, que la pudiera muy bien ayna tomar; e avn el rrey asy lo quisiera, pero por que en la hueste de los christianos non auia vianda para mas de quatro dias [...]”⁹ No parece que fuera este el caso como lo prueba el larguísimo asedio que tuvo que sufrir Algeciras, que duró desde el 2 de agosto de 1342 hasta el 26 de marzo de 1344.¹⁰ Es más, para defender Alcalá la Real el rey de Granada solicitó auxilio a la guarnición de Algeciras (entonces bajo poder benimerín) que le ayudó con mil caballeros.¹¹

Finalmente el rey actuó con prudencia, inclinándose por atacar la villa de Alcalá de Benzayde, actualmente Alcalá la Real, que llegaría a conquistar durante el verano.^{12 13}

⁸ BENEYTO PÉREZ, Juan: El cardenal Albornoz, Espasa Calpe, 1950, p. 332.

⁹ Gran Crónica, p. 436.

¹⁰ No era el mes de agosto el más indicado para comenzar el asedio de Algeciras, que la lógica militar aconsejaba fuese al comienzo de la primavera. Pero las victorias navales cristianas que en el verano de 1342 se dieron en el Estrecho aconsejaron a Alfonso XI a iniciar cuánto antes el sitio y aprovechar la debilidad naval musulmana.

¹¹ Crónica, p. 334.

¹² La Crónica dice que tras la conquista de Alcalá “fincaba grand parte del verano”. Esta afirmación hay que tomarla con precaución, porque las estaciones no eran consideradas en la Edad Media con el sentido astronómico que hoy en día se le da. Por ejemplo, Cervantes en el Quijote se refiere a cinco estaciones: primavera, verano, estío, otoño e invierno. Se entendía primavera, no como una estación, sino como el inicio del verano, estación esta última que el vulgo hacía comenzar en febrero para concluir en abril. Según Sebastián de Covarrubías en su Tesoro de la lengua castellana o española el estío comienza con el equinoccio vernal (entonces en el 12 de marzo aproximadamente) y termina con el equinoccio de otoño (en torno al 14 de septiembre).

¹³ Calderón Ortega dice que Alcalá la Real fue tomada el 20 de agosto, lo que significaría que la flota genovesa llegó antes de esta fecha, pues según la Crónica

Tras la entrega de la plaza por capitulación, el rey de Granada solicitó al castellano una tregua, prometiéndole que le daría las parias y se haría su vasallo. El granadino pedía que en la tregua también entrase Abu I-Hasan. Alfonso XI se negó en rotundo a firmar la paz con los norteafricanos, aunque sí aceptó la que le ofrecía Yusuf I de Granada, comprometiéndose a defenderlo de los marroquíes si fuese llegado el caso. Granada no tenía otra respuesta que negarse a la pretensión castellana, perder su alianza con los benimerines hubiese significado un peligroso aislamiento.¹⁴

La flota genovesa

Mantener una flota en el estrecho de Gibraltar era prioritario para Castilla, que necesitaba el aislamiento del reino de Granada.¹⁵ Durante toda la batalla del Estrecho, que se prolongó durante unos ochenta años, la principal preocupación militar de los reyes castellanos fue tener una flota que impidiera la llegada a la Península de refuerzos norteafricanos. Nunca pudo Castilla construir embarcaciones suficientes para patrullar el

Egidio Bocanegra se presentó en el real de Alfonso XI cuando aún no había entrado en Alcalá, CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: El Almirantazgo de Castilla: Historia de una institución conflictiva (1250-1560), Universidad de Alcalá, 203, p. 45. Ortiz de Zúñiga afirma que el 30 de junio expidió privilegio el rey estando en el sitio de Alcalá y que la población fue tomada el día 26 de agosto, durando la campaña seis meses, Diego Ortiz de Zúñiga, ob. cit., tomo II, p. 106. En un documento que transcribe Andrés Giménez Soler, ob. cit., p. 272, se lee: “[...] e agora estando [...] en la cerca de sobre Alcalá de bençaide que ganamos con la ayuda de Dios [...] Dada en Alcalá de bençaide veynte e tres dies de julio era 1379”, lo que nos asegura que la conquista de Alcalá la Real debió ser antes del 23 de julio y por tanto también antes debió llegar la armada genovesa. Nótese que la anterior carta está fechada en la era española o simplemente la era, que tiene su origen en el año 38 a. C. Este método de cómputo se siguió utilizando en Castilla hasta el año 1383, cuando las Cortes de Segovia presididas por Juan I decidieron cambiar a la era cristiana. En Portugal la era española perduró algo más, hasta que en el año 1422 Juan I la sustituyó por el estilo de la encarnación de la era cristiana.

¹⁴ Pedro IV de Aragón ofreció treguas a Abu I-Hasan quien las aceptó en carta enviada el 7 de diciembre de 1340, CANELLAS, Ángel: Aragón y la empresa del Estrecho en el siglo XIV, 1946, p. 55.

¹⁵ Sobre la actuación de la flota del Estrecho véase José Manuel Calderón Ortega, José Manuel, ob. cit.

Estrecho.¹⁶ Por eso requirió la ayuda de otros reinos cristianos. Naves de Aragón, Portugal, Mallorca y Génova se unieron a las castellanas,¹⁷ pero siempre bajo la amenaza de retirarse si no les pagaban con puntualidad sus elevadas soldadas.¹⁸

Semanas antes de la batalla del Salado, el rey de Castilla pidió auxilio al Duque de Génova para que le alquilara 15 galeras que debían permanecer en el Estrecho y con las que poder contrarrestar la flota que había armado Abu l-Hasan y suplir, en parte, las bajas producidas en la derrota naval sufrida meses antes por el almirante de Castilla Jofre Tenorio.¹⁹ El rey castellano entendió por conveniente que viniese por almirante Egidio Bocanegra, hermano del Duque.

Génova aceptó el ofrecimiento del rey castellano tras acordar el alquiler de las naves, que ascendía a ochocientos florines de oro al mes

¹⁶ La principal nave de combate era la galera, embarcación ligera que podía maniobrar con facilidad gracias a sus remos, aunque llevaban también velas para largas travesías. La galera era una nave estrecha que tenía una relación eslora-manga de 8 a 1 y un calado de sólo dos metros, lo que le daba la ligereza necesaria para el combate. Esta ventaja se transformaba en inconveniente cuando se producían las frecuentes tempestades en el Estrecho. Como las naves que patrullaban las aguas de Tarifa tenían que estar permanentemente en alerta, debían ser reparadas con frecuencia. A todo esto se le añadía una numerosa tripulación compuesta de remeros e infantes que aumentaba aún más el coste de la flota. Hay que señalar que en la documentación de la época que usamos para este artículo no encontramos referencia a las naos. No obstante, estas embarcaciones formaban parte de la flota cristiana en los enfrentamientos previos a la batalla del Salado. La ausencia de referencias nos hace sospechar que estos navíos dejaron de tener protagonismo en la flota del Estrecho. Los numerosos combates que se dieron en aguas cercanas a Tarifa debieron demostrar la superioridad de la galera, haciendo innecesaria la presencia de las naos, (ver apéndice).

¹⁷ Además de las naves armadas por el rey, surcaron las aguas del Estrecho embarcaciones fletadas por los concejos costeros de Andalucía.

¹⁸ No era este el caso de la flota aragonesa, ya que su costo corría a cargo de la corona de Aragón. Lo que no quita que en más de una ocasión Castilla le prestara a Pedro IV el dinero para fletar nuevos navíos.

¹⁹ La contratación de las naves genovesas además de los servicios que prestarían a los cristianos, impedía que fuesen contratadas por los musulmanes, "ca los genoueses ouvieron sienpre manera de ayudar a quien les diese dineros, e sobre esto non catauan christiandad nin otro bien ninguno", Gran Crónica, p. 324.

cada una de ellas, además de todo el “bizcocho” que fuese necesario.²⁰ El almirante y su nave tendrían un alquiler de mil quinientos florines al mes.

Las galeras genovesas llegaron en el verano de 1341, cuando aún no había concluido la conquista de Alcalá la Real.²¹ ²² Tras dejar sus galeras en el Guadalquivir, Egidio Bocanegra se presentó en el real que Alfonso XI tenía puesto alrededor de la plaza sitiada. Pidió el rey a su nuevo almirante que sin demora se fuera a patrullar el estrecho de Gibraltar.

Cierta confusión existe sobre el número de galeras que los genoveses llevaron al Estrecho. La Crónica de Alfonso XI dice que Bocanegra llegó con las 15 galeras que el Duque de Génova había prometido. Pero más adelante reduce ese número a 12, sin que exista constancia de que se hubiese producido la pérdida de nave alguna. La misma crónica dice que Bocanegra comandaba una flota, que además de las galeras genovesas, tenía 28 de Castilla y “treinta naves de las villas de las marismas de Castiella”.

²⁰ El bizcocho era un pan sin levadura sometido a una doble cocción para que durara más. Era el alimento básico de las tripulaciones de la flota.

²¹ Creemos que Manzano Rodríguez se equivoca al afirmar que la escuadra genovesa llegó en septiembre de 1341, MANZANO RODRÍGUEZ, Miguel Ángel: La intervención de los benimerines en la península ibérica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, p. 268. Los genoveses debieron llegar antes del día 23 de julio (ver nota 13).

²² Antes que Alfonso XI hiciera la petición al Duque de Génova, ya había galeras genovesas en el Estrecho. En unas instrucciones fechada el 21 de octubre de 1341 se hace constar que cuando el almirante aragonés Pedro de Moncada llegó por primera vez al Estrecho (en el mes de septiembre de 1340) encontró allí 6 galeras genovesas al servicio de Castilla, MOXÓ Y MONTOLIÚ, Fransico de: Estudios sobre las relaciones entre Aragón y Castilla (ss. XIII-XV), Institución Fernando el Católico, 1997, p. 156. Cuando se produjo la derrota del almirante castellano Alonso Jofre Tenorio en abril de 1340 le acompañaba una galera genovesa, BOFARULL Y MASCARÓ, Próspero de: Procesos de las antiguas cortes y parlamentos de Cataluña, Aragón y Valencia, 1851, tomo VII, pp. 109-112. Según López Fernández en el verano de 1341 llegaron al Estrecho sólo 6 galeras genovesas, según se deduce de los libros de cuentas que presentaron los aragoneses en 1341 para liquidar las cuentas entre Castilla y Aragón, LÓPEZ FERNÁNDEZ, Manuel: “La actuación de las flotas de Castilla y de Aragón durante el cerco meriní a Tarifa en el año 1340”, Aljaranda **64** (2007) 3-10.

El tratado de Madrid y la flota aragonesa

Como queda dicho, Castilla no pudo mantener por sí sola la flota del Estrecho. Y no por falta de recursos económicos, que con dificultad fueron recaudados por la presión fiscal que estableció el rey con la anuencia de las Cortes. Las dificultades castellanas se encontraban, más bien, en la imposibilidad material de que las atarazanas sevillanas y de otros lugares costeros pudiesen fabricar y reparar tantas naves como las que eran necesarias para la seguridad del estrecho de Gibraltar, y también a la falta de personal especializado que pudiera ir en las naves.

Hay que señalar el paulatino y significativo aumento de los efectivos navales a medida que la guerra en el Estrecho se hacía más enconada. Como ejemplo señalar que cuando la conquista de Tarifa en el año 1292, las diez galeras aragonesas que surcaban las aguas del Estrecho al mando del vicealmirante Berenguer de Montoliú, fueron decisivas para la conquista de la plaza.²³ Pero al final del año 1341, meses antes de la batalla naval de Guadalmequí, la flota castellana se elevaba a setenta galeras, y aún así se seguían haciendo esfuerzos para incrementar este número y tener garantías de poder enfrentarse con éxito a la también numerosa flota musulmana.

La experiencia naval de los aragoneses y los estrechos lazos que unían este reino con Castilla, hizo que Alfonso XI le solicitara ayuda para completar la flota del Estrecho. En mayo del año 1339 se firmó en Madrid un tratado de cooperación en materia naval entre Castilla y Aragón, que si bien no se cumplió escrupulosamente si fue mantenido durante varios años.²⁴

Los dos reinos se comprometían a ayudarse para hacer la guerra a Marruecos y Granada: “[...] que los dichos reyes sean en unos et de una ayuda para facer guerra contra el rey de Marruecos que llaman de Benamarin et contra el rey de Granada [...]”, y si se decidiera firmar paces habría que hacerlo conjuntamente: “[...] et si tregua ovieren de aver

²³ DUFOURCO, Charles-Emmanuel: *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIIIe y XIVe siècles*, Presses Universitaires de France, 1966, p. 222.

²⁴ Próspero Bofarull y Macaró, ob. cit., pp. 87-96. Las negociaciones fueron mantenidas por Fernando Sánchez de Valladolid por parte castellana y Gonzalo García por la aragonesa. Curiosamente, éste fue el único caballero de la corona de Aragón que participó en la batalla del Salado, *Gran Crónica*, p. 440.

[...] que la ayan amos en uno et non el uno de los dichos senyores reyes sin el otro".²⁵

El tratado quedaba pendiente de la finalización de las treguas que Castilla mantenía con Granada y Marruecos, que terminaban en marzo de 1342 y las que a su vez mantenía Aragón con Granada, que finalizaba el último día de abril del año 1342.

Especial atención se puso en la defensa naval del Estrecho: "[...] es menester que la mar senyaladamente en el estrecho de Tarifa sea guardada por flota et armada conviniente [...]". Castilla y Aragón acordaron "que aviendo guerra" durante los meses de mayo, junio, julio, agosto y septiembre Castilla tendría 20 galeras armadas en el Estrecho y el de Aragón tendría 10 galeras, los restantes meses del año Castilla tendría 8 y Aragón 4. Si el rey de Castilla aumentase o redujese el número de sus galeras, el rey de Aragón aumentaría o reduciría las suyas en razón de la tercera parte.²⁶

²⁵ No parece que esto fue lo que ocurrió. En diciembre de 1340, apenas un mes después de la derrota musulmana en el Salado, Aragón propuso a Marruecos un tratado de paz que Abu l-Hasan aceptó y según las palabras del sultán "[...] mandamos pegonar la paz sobredicha; e diemosla a entender a todas nuestras gentes [...]". Angel Canellas, ob. cit., documento número 11, p. 55.

²⁶ GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *La Corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, 1908 p. 263 y ZURITA, Jerónimo: *Anales de la Corona de Aragón*, Institución Fernando el Católico, 1978, vol. 3, pp. 470-472. El rey de Aragón envió a Madrid a Gonzalo García para firmar el tratado. Al día siguiente de su firma, el enviado aragonés se entrevistó con Alfonso XI, quien ratificó por escrito algunos de los asuntos acordados en el tratado, Próspero Bofarull y Mascaró, ob. cit. pp. 96-97. El día seis del mismo mes, Alfonso XI envió una nueva carta a Gonzalo García, reiterando su disposición a oponerse a cualquier intento de Granada de pasar por el reino de Murcia para atacar a Aragón, a la vez que le anunciaba que enviaba estas instrucciones al adelantado mayor de Murcia, Próspero Bofarull y Mascaró, ob. cit., pp. 97-98. El tratado fue el fruto de las negociaciones previas que existieron entre Pedro IV de Aragón y don Juan Manuel, que en la última parte de su vida fue un fiel apoyo del rey Alfonso XI. Resulta curioso que a este personaje se le conozca actualmente como infante don Juan Manuel, cuando no era infante, sino hijo de infante, y en toda la documentación conocida se titula como don Juan hijo del infante don Manuel. En la Edad Media al nombre le seguía el patronímico (nombre del padre) y luego la alcurnia (lugar de procedencia familiar), pero esto no ocurría con los infantes, lo que complicaba su identificación. Así por ejemplo al nieto del infante don Juan (el

Con independencia del tratado de Madrid, el rey castellano pidió al aragonés que hiciera la guerra a Granada por tierra. Pedro IV se excusó alegando que mantenía con los granadinos una tregua. No obstante, el rey de Aragón anunciaba su intención de hacer la guerra tan pronto como finalizase estas treguas y “[...] fer guerra als moros per terra segons que nes request per lo dit Rey de Castiella e la convenença en que es ab ell”. El Ceremonioso también tenía intención de fortalecer la frontera del reino de Valencia para lo que pensaba acudir personalmente a este reino.²⁷

Alfonso XI ofreció a Aragón la conquista de Almería, actualizando así los acuerdos que ambos reinos firmaron en 1308, por el que Castilla cedía a Aragón la sexta parte del reino de Granada, concretamente el reino de Almería.²⁸ Una vez más, Pedro IV se excusó y por medio de su embajador ante la corte castellana, vizconde Bernardo de Cabrera, transmitía que el rey de Mallorca le había solicitado apoyo para recuperar los territorios que le había ocupado el rey de Francia y que por consiguiente debía de estar preparado por si se iniciara la guerra, a la cual se vería obligado por los tratados que mantenían Aragón y Mallorca.

Zurita refleja con acertadas palabras la política de Pedro IV en su relación con Castilla y Mallorca: “[...] que todos los aparatos de guerra que se hazian con publicación de yr el Rey [de Aragón] contra el rey de Marruecos y en un mismo tiempo se pedia por parte del Rey subsidio para la guerra contra los moros, y se escusaua de valer al rey de Castilla en ella, con color de defauorecer al Rey de Mallorca, de lo qual estaua tan lexos, que no trataua sino en su perdición”.²⁹

En el mes de abril del año 1339 llegaron al Estrecho las 10 galeras de Aragón, a su mando iba el almirante Jofre Gilabert de Cruylles, que unió sus fuerzas a las naves castellanas de Alonso Jofre Tenorio. En el mes de septiembre del mismo año el almirante aragonés saltó a tierra junto a costó la vida. Desconcertados, los capitanes de las galeras decidieron abandonar

hermano de Sancho IV al que se le responsabiliza de la muerte del hijo de Guzmán el Bueno en Tarifa) se le conocía como don Juan nieto del infante don Juan.

²⁷ Según carta de Pedro IV a Alfonso XI de octubre de 1341, Andrés Giménez Soler, ob. cit., pp. 272-273.

²⁸ SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: “Tarifa y el sitio de Algeciras de 1309”, *Al Qantir* 1 (2003) 1-45.

²⁹ ZURITA Jerónimo: *Anales de la Corona de Aragón*, 1610, tomo II, libro VII, p. 149.

el Estrecho y dirigirse a la costa del reino de Valencia, quedando sólo cuatro galeras de Aragón que se pusieron a las órdenes del almirante de Castilla.³⁰

La flota aragonesa volvió al Estrecho en el mes de octubre de 1340 al mando de Pedro de Moncada y compuesta por 12 galeras.³¹ Permaneció hasta mitad de febrero de 1342.³² Por informes del propio almirante sabemos que la situación de la flota era muy deficiente. Así a final de noviembre de 1341 quedaban 10 galeras, que estaban a la espera de una nueva flota que viniera en su refresco.³³

El rey castellano sospechaba que Pedro de Moncada quería dejar el Estrecho y volver a Barcelona. En varias ocasiones participó su preocupación al rey de Aragón, quien a su vez solicitaba a su almirante

³⁰ Jerónimo Zurita, ob. cit. (del año 1978), pp. 481-488 y Próspero de Bofarull y Mascaró, ob. cit., tomo VII, pp. 108-112.

³¹ En otro documento se lee que fueron 13 las galeras aragonesas, Francisco de Moxó y Montoliú, ob. cit., p. 156. Véase también Jerónimo Zurita, ob. cit. (del año 1978), p.489, Manuel López Fernández, ob. cit. y Gran Crónica, vol. II, pp. 324-325. Las naves aragonesas fueron construidas con dinero prestado por Castilla, que debía de ser devuelto el día de cincuesma (en aquel año cayó el 10 de junio) del año 1341. En diciembre del año 1341, Alfonso XI pidió la devolución del dinero prestado. Pedro IV reconoció la deuda, pero se excusó en pagarla en ese momento por lo costoso que le era armar las 20 galeras que irían de refresco al Estrecho, Próspero de Bofarull y Mascardó, ob. cit., tomo VII, pp. 147-148.

³² Con esta fecha Alfonso XI se quejaba al rey de Aragón porque Pedro de Moncada había abandonado con sus galeras el Estrecho, Archivo de la Corona de Aragón, CC.RR. Pedro IV, 1.699, citado por Francisco de Moxó y Montoliú, ob. cit., p. 158. Es posible que ésta no fuese la deserción definitiva de Pedro de Moncada, pues es el 15 de mayo de 1342 cuando da cuenta Pedro IV de las razones del almirante aragonés para abandonar el Estrecho. No pudo demorarse tanto la contestación del rey de Aragón, en un asunto que tanto preocupaba a Alfonso XI. Puede ser que la queja que el castellano dirigía a Aragón el 22 de febrero de 1342 fuese por un abandono temporal de la flota de Pedro de Moncada. Zurita escribe que mientras se desarrolló la guerra contra los moros en el año 1341 (desde marzo a septiembre) estuvo "casi todo este tiempo" 20 galeras de Aragón y 8 de Mallorca, mientras que Castilla que debía tener por el tratado de Madrid 56, tenía 27 galeras y de ellas 20 eran de los genoveses, Jerónimo Zurita, ob. cit. (del año 1610), p. 149.

³³ Ángel Canellas, ob. cit., pp. 57-58.

que permaneciera en la guarda del Estrecho y le prometía la llegada de nuevos refrescos.

La situación debía ser insostenible para Pedro de Moncada, quien decidió volver a Barcelona en la primavera del año 1342 en contra de las órdenes recibidas, lo que motivó la rápida queja de Alfonso XI. Para excusar su retirada, el almirante aragonés escribió al rey de Aragón que fue en persecución de algunas naves que iban al norte de África con grano y armas, pero el estado de la mar le llevó hasta Mallorca y de allí se fue al puerto de Barcelona. Con escasa credibilidad, Pedro IV apoyó la acción de su almirante, pero aún así no le permitió tomar tierra, sino que le envió que fuera a Valencia donde encontraría nuevas galeras, con la orden de que partiera para el Estrecho el primer día de junio. En efecto, a finales de mayo de 1342 llegó la flota de Aragón al mando del mismo almirante.³⁴

Mientras que Castilla ultimaba los preparativos para el sitio de Algeciras, Pedro IV de Aragón mantuvo una posición incierta. El rey aragonés aprovechó sus relaciones con Castilla para obtener beneficios que pensaba utilizar para favorecer su política agresiva hacia Mallorca. En este sentido, en noviembre de 1341, pidió al concilio reunido en Tarragona, socorro económico para hacer la guerra a los moros y poco después publicaba que quería entrar en guerra con el reino de Granada entrando por Almería, siguiendo de esta forma la operación militar que en 1309 realizó sin resultado positivo Jaime II.³⁵

³⁴ Francisco de Moxó y Montoliú en la obra citada afirma que en el periodo comprendido entre enero y octubre de 1342 no estuvo la flota de Aragón en el Estrecho. Esto no debió ser así. La Crónica dice que a finales de mayo el rey castellano recibió carta de Pedro de Moncada "en que le envió decir, que el Rey su Señor le enviaba en su ayuda con veinte galeas, por la postura que este Rey de Aragón avia con el Rey de Castiella de le ayudar en esta guerra con su flota [...]", Crónica, p. 541. Como veremos más adelante la flota aragonesa de Pedro de Moncada tuvo un enfrentamiento con los musulmanes en la costa malagueña a final del mayo de 1342.

³⁵ En diciembre del año 1308 se firmó en Alcalá de Henares un tratado entre Castilla y Aragón con el que se pretendía la definitiva desaparición del reino de Granada: "[...] per sacar de España los descreyentes de la fé caholica qui estan en desonrra de Dios et á grand daño et peligro de toda la Xristiandat", BENAVIDES, Antonio: Memorias de D. Fernando IV de Castilla, 1860, tomo II, pp. 621-622, véase también Wenceslao Segura González, "Tarifa y el sitio de Algeciras de 1309", ob. cit. y GIMÉNEZ SOLER, Andrés: El sitio de Almería, 1904.

En diciembre de 1341 Pedro IV volvió a utilizar la guerra contra los moros en el estrecho de Gibraltar para obtener beneficios económicos de la Iglesia. En este mes envió sus embajadores al Papa para “que diese el favor que se acostumbraba dar por la Sede Apostólica en semejantes empresas, otorgándoles las décimas de todos sus reinos por tres años”.

Colaboración del reino de Mallorca a la flota del Estrecho

La amenaza benimerín no sólo afectaba a Castilla, sino también a Aragón y al reino de Mallorca. En efecto, en el verano del año 1338 la flota benimerín tuvo una refriega con los barcos de Jaime III de Mallorca. Este peligro fue zanjado con la firma de la paz entre Mallorca y Marruecos el 15 de abril de 1339.³⁶

Antes de esa fecha el rey de Mallorca había ofrecido su colaboración al rey de Aragón para formar una flota conjunta que sirviera para enfrentarse a los norteafricanos. Tras la firma de la paz, Jaime III tuvo reparos en colaborar con el de Aragón. Sus “maestres en Theologia e doctors de leys e decrets” eran de la opinión de que podía colaborar con Aragón sin que ello significase la rotura de las treguas con los musulmanes, por haber sido aquel un acuerdo anterior al ahora firmado con los benimerines. Aún así la flota conjunta no se constituyó hasta después de la victoria del Salado.³⁷

El triunfo cristiano y los problemas de Mallorca con Francia debieron ser decisivos para que Mallorca contribuyera a la flota del Estrecho. En enero de 1341 Pedro IV de Aragón comunicaba a su cuñado Jaime III de

³⁶ Francisco de Moxó y Montoliú, ob. cit. ,pp. 155-170.

³⁷ Desde el año 1337 se negociaba la formación de la flota conjunta de Aragón y Mallorca que defendiera las costas de estos reinos, porque según acuerdo del consejo del rey aragonés “la defensa de aquel reino consistía en estar poderosos en la mar por donde podían los enemigos recibir grande daño”, Jerónimo Zurita, ob. cit. (del año 1978), vol. 3, pp. 450-451. El mismo autor afirma que se armaron 30 galeras del rey de Aragón y del rey de Mallorca para ir a juntarse con la armada del rey de Castilla, pero no hay constancia de que así fuera. En abril del año 1340 Pedro IV contestaba a don Juan Manuel sobre la comunicación que éste le había enviado notificándole la derrota naval de Jofre Tenorio. El monarca aragonés aceptaba los consejos de don Juan Manuel de hacer participe a Mallorca en la formación de una armada para patrullar el Estrecho: “[...] que nos apercebiésemos e el Rey de Mallorchas e fiziésemos armar todas las galeas que havemos en nuestra tierra [...]”, GIMÉNEZ SOLER, Andrés: Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico, Academia Española, 1932, p. 636.

Mallorca la victoria cristiana en la batalla de Tarifa. ³⁸ “Ya por otros escritos nuestros os hemos anunciado la feliz victoria [...] a favor del ilustre rey de Castilla contra el pérfido rey de los marroquíes junto con sus aliados, el cual confiado en su repugnante fiereza de nación universal intentaba, por medio de los suyos amenazar con incorporar a su monarquía toda España, una vez aniquilados y expulsados de allí los cristianos”. Es interesante señalar la importancia que Pedro IV concedió a la flota de Aragón en los momentos previos a la batalla del Salado: “[...] es mayor gloria la victoria citada [...] por la grande y notable ayuda de trece barcos, que teníamos entonces para servicio de Dios y ayuda del mencionado rey [...] en efecto, visto por ese mismo agareno el pertrecho [de barcos] antes citado, desistió del asedio a Tarifa [...]”. Más adelante relata a Jaime III que Abu I-Hasan “fabricó máquinas para que atacaran constantemente el mencionado lugar [Tarifa]; por eso, el rey de Castilla entró en conflicto con los citados sarracenos bajo la principal confianza del citado pertrecho”. ³⁹

A la vez le anunciaba que estaba preparando una flota de 30 galeras para llevarlas al Estrecho y que para ello contaba con 10 de las 15 galeras que le había prometido el mallorquín: “[...] hemos pactado treinta galeras en el año presente para acompañar al rey mencionado en el estrecho hacia España, junto con diez galeras vuestras de aquellas quince que ciertamente nos prometiste [...]”. Pedro IV pedía al rey de Mallorca que tuviese sus galeras “bien preparadas” en la playa de Valencia en el mes de marzo para aproximadamente cinco meses. A mitad de junio de 1341 se estaban

³⁸ Ha originado problemas de fecha la tardanza de Pedro IV de Aragón en felicitar a Alfonso XI por su victoria del Salado. En efecto la misiva tiene fecha de 8 de diciembre de 1340, cuando la victoria fue el 30 de octubre del mismo año. De nuevo vemos esta tardanza en la carta del rey aragonés al de Mallorca comunicándole la victoria cristiana, pues está fechada el 13 de enero de 1341 (en realidad la fecha que aparece en la carta es 1340, pero hay que tener en cuenta que por entonces el año empezaba en Aragón con la primavera). No es de extrañar, por tanto, que Pedro IV esperara hasta el comienzo del año 1341 para enviar a Castilla a Juan Escrivá, miembro de su consejo real, con la embajada de felicitar a Alfonso XI por la victoria del Salado, Jerónimo Zurita, ob. cit. (del año 1610), p. 143.

³⁹ La traducción el latín de este documento nos ha sido facilitada por María José García.

armando 8 galeras en Mallorca que llegaron aquel verano al Estrecho.⁴⁰ Como dato cierto se sabe que en octubre del mismo año patrullaban el Estrecho cinco galeras mallorquinas.⁴¹ Zurita afirma que durante el verano de 1341, mientras Castilla hacía la guerra a Granada, hubo en el Estrecho ocho naves de Mallorca.⁴²

La derrota naval del almirante Jofre Tenorio

En la primavera del año 1340 llegaron noticias al rey Alfonso XI del mal estado en que se encontraba la flota del Estrecho al mando del almirante de Castilla Alfonso Jofre Tenorio, que había permanecido allí todo el invierno y al que le faltaba tripulación, sobresalientes⁴³ y otros hombres que eran de menester. Muchos de los que permanecían en las galeras estaban enfermos y otros habían muertos. Tal era la falta de tripulación que en el puerto de Santa María se encontraban ocho galeras que no podían navegar por falta de gentes que fuesen en ellas.

El alcaide de las atarazanas sevillanas, Alonso González, se entrevistó con el rey en Trujillo “con aviso de que su flota, que todo el invierno había estado en defensa del estrecho, quedaba muy mal parada y desprevenida, con riesgo grande”. Noticia que obligó a Alfonso XI a dirigirse a Sevilla y de ahí Sanlúcar de Barrameda.^{44 45}

⁴⁰ “[...] mas en buena verdat por las messiones et lo que costan darmar XX galeas que agora voz enviamos con lalmirant nuestro y ocho que sende armen en Mayorches las quales iran en servicio de Dios et vuestro [...]”, así decía la carta que Pedro IV envió a Alfonso XI el 14 de junio de 1341, Próspero de Bofarull y Mascardó, ob. cit., tomo VII, pp. 147-148.

⁴¹ Francisco de Moxó y Montoliú, ob. cit., pp. 155-170.

⁴² Jerónimo Zurita, ob. cit. (del año 1610), p. 149.

⁴³ Sobresalientes era el nombre genérico que se le daba a los hombres de armas o infantería que iban a bordo de las embarcaciones de guerra, distinguiéndolos así de la tripulación, formada por remeros y marineros. No obstante, hay que recordar que llegado el abordaje también la tripulación tomaba las armas, (ver apéndice).

⁴⁴ Diego Ortiz de Zúñiga, ob. cit., tomo 2, p. 99.

⁴⁵ Cuando don Juan Alonso de Guzmán, señor de Sanlúcar e hijo de Guzmán el Bueno, supo que llegaba el rey, mandó juntar todos los barcos, bergantines, carabelas, fustas y galeras que allí estaban, “é con su musica, é muy enramadas salieron á reçibir al Rey Don Alonso [...]”, BARRANTES MALDONADO, Pedro: Ilustraciones de la Casa de Niebla, Universidad de Cádiz, 1998, p. 179.

A pesar de la precaria situación de la flota cristiana, por las fechas que comentamos se pudo apresar una galera musulmana que transportaba alimentos a la Península y que al mando del capitán de la mar Bernal de Lirona, fue llevada a Sanlúcar de Barrameda y presentada al rey.

Reconociendo la importancia de tener una fuerte flota en el Estrecho, Alfonso XI se desplazó al Puerto de Santa María donde dio órdenes para que se reclutasen hombres en las poblaciones costeras y en las situadas en la ribera del Guadalquivir, con lo que consiguió armar con remeros, ballesteros y sobresalientes las ocho galeras que estaban abandonadas en aquel puerto.^{46 47}

Mientras tanto, los musulmanes agruparon su flota en Ceuta. Allí llegaron las 16 embarcaciones de los hafsidas al mando de Zeid-Ibn-Ferhoun, jefe de la marina de Bugía.⁴⁸ A esta flota habían contribuido varios puertos de Ifrikiya, como Trípoli (en la actual Libia), Gabes, Yerba, Túnez y Bona todas estas ciudades pertenecientes a Túnez.⁴⁹ También Granada contribuyó a la flota musulmana, aportando efectivos de las atarazanas de Málaga y Almería.⁵⁰

El sultán Abu I-Hasan entregó el mando de la flota combinada a Muhammad b. 'Ali al-'Azafi (el Mahomad Alaçafi de la crónica cristiana), con la orden expresa de atacar a los cristianos. La crónica cristiana nombra a otros almirantes musulmanes que comandaban la flota: Ali Abonpeche, Bencarron y Alfarac.⁵¹

⁴⁶ Gran Crónica, pp. 308-309.

⁴⁷ Al llegar el rey al Puerto de Santa María encontró allí 6 galeras que estaban desarmadas, por lo que "enbió luego por onbres de aquellas comarcas de la costa de la mar, é armó aquellas galeas, y enbiólas al almirante [...]" Luego el rey fue a Sevilla donde fueron armadas otras 6 galeras nuevas, con lo que se consiguió alcanzar el número de 33 galeras en el Estrecho, Pedro Barrantes Maldonado, ob. cit., p. 179.

⁴⁸ Bugía es actualmente una ciudad de Argelia situada en la Cabilia. Como curiosidad decir que la palabra española bujía proviene del nombre de esa ciudad. Fue conquistada por España en el año 1510, para luego pasar al imperio otomano en 1558.

⁴⁹ IBN KHALDOUN: Histoire des Berbères, Libraire Orientaliste, 1978, tomo IV, p. 231.

⁵⁰ Miguel Ángel Manzano Rodríguez, ob. cit., pp. 249-254.

⁵¹ Gran Crónica, p. 309.

La armada musulmana logró pasar el Estrecho. Apercebidos los cristianos se lanzaron contra sus enemigos, pero los moros rehuyeron el combate y se refugiaron en el puerto de Gibraltar, quedando bajo la protección de los ballesteros y caballeros sarracenos que dominaban la Roca. Sólo pudo Jofre Tenorio mantener cercada a la flota adversaria durante tres días.

Pero una vez más aparecieron las inclemencias meteorológicas del estrecho de Gibraltar. Se levantó un fuerte viento de levante "muy grande e muy bravo", que obligó a los cristianos a descercar la flota musulmana y a marchar a favor de viento. Aún así se perdió la galera llamada Santa Ana. El viento de levante llevó a los barcos cristianos hasta Tarifa y hasta Sancti Petri. Cuando el temporal amainó, el almirante castellano reagrupó la flota y partió hacia el puerto de Tarifa y desde allí se dirigió a Algeciras para volver a cumplir con su cometido de cortar las comunicaciones del Estrecho.⁵²

La flota cristiana fue incapaz de impedir la llegada a Algeciras de los barcos musulmanes, que ascendían a 60 galeras y otros navíos, haciendo un total de 250 velas, lo que motivó que en la corte se dudara de la lealtad del almirante.⁵³ Algunos dijeron al rey que "la flota de los moros era passada d'allende el mar e que estaua en Algezira, e que bien cuydauan que esto era por culpa del almirante e que tomaua algo de los moros por que los dexase passar la mar". La insistencia de estas insinuaciones hicieron dudar a Alfonso XI, que pidió informes precisos al cómitre de un leño que le llevó noticias de cómo habían pasado los musulmanes y que según la Crónica le dijo que con las 27 galeras y 6 naos con los que contaba Jofre Tenorio, no pudo oponerse a la numerosa flota musulmana.

El mismo cómitre pudo hablar con doña Elvira, mujer del almirante, a quien le contó su conversación con el rey. Entendiendo doña Elvira que se preparaba alguna acción contra su marido, le envió cartas pidiéndole que "no saliese de la mar [...] que si de la mar saliese, que era preso o muerto".

⁵² Gran Crónica, p. 311.

⁵³ Estas cifras no son fiables ya que otros autores dan cantidades diferentes. Ibn Jaldún eleva el número a 100 barcos, Ibn al-Jatib dice que fueron 140 embarcaciones, la Gran Crónica habla de 250 velas, finalmente Berenguer de Codinachs (ver más adelante en el texto) dice que eran 44 galeras y 35 leños.

Dolido el almirante por las intrigas contra su persona, mandó a sus 33 galeras ⁵⁴ que se dirigieran al puerto de Algeciras donde estaba la flota de Abu I-Hasan “e enbio a dixer a los moros que saliesen de la villa e le diesen batalla”. Los moros rehusaron y lo más que pudieron hacer los cristianos fue permanecer tres días en aquella posición. ⁵⁵

La flota castellana no se encontraba en las mejores condiciones para el combate. En un informe que Berenguer de Codinachs envió al rey de Aragón el día 21 de abril de 1340 se decía “e les galeas dels cristians eren XXXII mal armades et XIX naus axi mateix mal armades [...]” ⁵⁶ Lo mismo confirma la crónica de Alfonso XI al decir que “las compañías de la flota estauan las mas flacas y dellas dolientes de los tienpos fuertes que auian passado, e avn tales ay auia que se les cayan los dientes con los frios e las grandes enfermedades”, resultado del mucho tiempo que llevaban en la mar sin saltar a tierra para tomar refrescamiento.

El día 4 de abril, ⁵⁷ Jofre Tenorio reunió a los cómitres y demás responsables de su flota y acordaron que para estar prestos al combate, cada día haría tocar las trompetas o añafiles tres veces. ⁵⁸ En el primer toque debían estar alertas, al segundo deberían levar anclas y finalmente en el tercer y último aviso deberían estar preparados para entrar en combate. Y así fue durante las mañanas de los tres días siguientes. Pero al cuarto día, sábado por la mañana (8 de abril), no se produjo ningún aviso. Ese día el viento había cesado, el mar estaba calmo y llano. Entonces los musulmanes entendieron que era el momento de dar batalla. Con precaución prepararon su flota, refrescándola de armas y gentes. Metiendo en cada galera entre trescientos y cuatrocientos hombres de armas, más los

⁵⁴ A las 27 galeras que tenía Jofre Tenorio se le unieron 6 nuevas galeras que habían sido hechas en las atarazanas sevillanas, Gran Crónica, p. 313.

⁵⁵ Gran Crónica, pp. 312-315.

⁵⁶ Próspero Bofarull y Mascaró, ob. cit. pp. 109-112.

⁵⁷ La batalla en que murió Jofre Tenorio se dio el sábado antes del Domingo de Ramos. En el año 1340 este domingo fue el 9 de abril. A partir de esta fecha se puede determinar cuando ocurrieron los acontecimientos principales, tanto previos como posteriores a la batalla. Aunque se ha especulado con otras fechas para la batalla, la documentación del Archivo de la Corona de Aragón no deja lugar a dudas.

⁵⁸ La diferencia entre las trompetas y añafiles era que las primeras tenían una curva y las últimas eran rectas. Aunque el añafil era un instrumento musical de origen islámico, era igualmente usado en la flota cristiana como medio de comunicación.

remeros que estaban todos armados. Según Berenguer de Codinachs los musulmanes disponían de 44 galeras y 35 leños armados y había en “cascuna galea entre balester et arquers CC homes ultra los que vogaven qui eren tots armats [...]”

En cada una de las galeras los musulmanes habían montado tres castillos “plens de balesters et de arquers”. A falta de aviso, los barcos cristianos no estaban armados ni arbolados, por lo que fueron cogidos por sorpresa. Apercebidos del ataque, el almirante castellano hizo sonar las trompetas, añfiles y atabales para ordenar a todos sus barcos. De inmediato movió su galera para enfrentarse con los atacantes. Pero fueron pocos los barcos cristianos que siguieron la estela del almirante. Las naos izaron sus velas, pero no tuvieron tiempo de reaccionar ante el inesperado ataque musulmán, quedando las pocas galeras que se dispusieron al combate sin la eficaz colaboración de las naos.

La superioridad de los moros dio sus frutos, y pudieron entrar en la mayoría de las galeras cristianas, logrando tomar algunas de ellas y anegando a otras. Cuatro galeras musulmanas se enfrentaron con la del almirante. Como estuviese falto de gentes que defendiesen su galera, bajaron los hombres de una nao cercana, pues entendieron que al no hacer viento, serían más eficaces combatiendo en la galera.⁵⁹ De nuevo la fortuna se inclinó del lado musulmán, porque ocuparon la nao que habían abandonado los cristianos, que al ser de mayor altura que las galeras “fazian desde alli muy grande daño los moros en los christianos, e ferian e matauan muchos dellos con barras de hierro e con piedras e con saetas e con otras armas que les lançauan”.

La resistencia de Jofre Tenorio no se pudo mantener y finalmente murió heroicamente, según cuenta la Crónica.⁶⁰ No es esta la misma opinión de Ibn Jaldún que al narrar la batalla dice que la victoria se consiguió fácilmente: “En menos tiempo de el que se tarda en decir dos palabras, la victoria se decantó para los verdaderos creyentes, que se lanzaron al abordaje, masacrando a las tripulaciones a golpes de picas y de espadas, arrojando los cadáveres al mar.” El cronista musulmán recoge que los barcos apresados fueron llevados a Ceuta donde una multitud de gentes

⁵⁹ Esta operación se entiende porque el abordaje, que ya se había producido, se ejecutaba a galera parada.

⁶⁰ Recuperados los restos del almirante, fueron llevados a Sevilla y sepultados en la Catedral en la capilla de Jesús, Diego Ortiz de Zúñiga, ob. cit., tomo II, p. 100.

observaron el “bello espectáculo”. Se anunció la victoria por todos los barrios de la ciudad, llevando en señal de triunfo “un gran número de cabezas que fueron cortadas a los cristianos”, mientras que los prisioneros fueron encadenados en el arsenal.

Los ocupantes de las otras galeras que no acompañaron al almirante, al ver derribado el estandarte real, subieron a las naos, abandonando las galeras que de inmediato fueron tomadas por los musulmanes.⁶¹ Con el poco viento que hacía pudieron abandonar el lugar de la batalla y dirigirse hasta Cartagena. Diez fueron las naos que llegaron a aquel puerto, llevando entre cinco y seis mil personas a bordo, muchas de ellas heridas.

En la flota cristiana también había cuatro galeras aragonesas y una genovesa, que durante el combate fueron atacadas por diez galeras islámicas, que se dividieron en seis por un lado y cuatro por otro, para de esta manera atacar por ambos flancos a aragoneses y genoveses. Hubo una fuerte lucha, pero finalmente sólo se salvó una galera aragonesa, que capitaneada por Nantoni des Brull pudo llegar hasta Valencia y dar cuenta de lo ocurrido. Las tres restantes galeras que Aragón tenía en el Estrecho se perdieron, muriendo su almirante Dalmau de Cruilles.

La derrota cristiana fue total. De las 32 galeras y 19 naos que tenían los castellanos al iniciarse la refriega, se perdieron 28 galeras y 7 naos. Entre las pérdidas cristinas citar el apresamiento de una nao que llevaba la soldada para la paga, además de 400 corazas y 400 ballestas. Sólo cinco galeras castellanas se salvaron, refugiándose en el puerto de Tarifa. De primera mano pudo escuchar el alcaide de esta plaza, Martín Fernández de Portocarrero, lo que había ocurrido. Tras lo cual marchó al encuentro de Alfonso XI que había llegado a Cabezas de San Juan, donde pudo

Ciertas dudas quedaron por el desarrollo de la batalla. De una parte porque la flota cristiana no estaba avisada, como se había acordado. Además, el hijo del almirante castellano, García Jofre de Tenorio, se había entrevistado con los musulmanes el día antes de la batalla, sin que se llegase a saber de qué asunto trataron. Ese mismo día, el hijo del almirante llevó todas las joyas y cosas de valor de él y de su padre a una

⁶¹ Según el informe de Berenguer de Codinachs las galeras castellanas no resistieron el ataque musulmán. Después que el estandarte del almirante fuera derribado y su galera derrotada, sus tripulaciones se lanzaron al mar y se fueron nadando hasta las naos.

embarcación ligera, que nada más comenzar la batalla al día siguiente se fue para Sevilla. Todas estas circunstancias hicieron pensar que o bien había habido traición o “desfallecimiento de recaudo”.⁶²

La gravísima derrota cristiana en aguas del Estrecho, elevó el temor hacia los musulmanes que se habían hecho dueños del mar. El rey Pedro IV el Ceremonioso envió misivas a numerosos caballeros, comendadores de órdenes, villas y lugares, para notificarles la derrota y advertirles de que debían estar aparejados para una guerra que parecía inminente. El mismo rey apercibió al rey de Mallorca sobre el peligro que representaba el dominio naval musulmán. Es más, Pedro IV ordenar de inmediato armar todas las galeras “que havemos en nuestra tierra”, ante la posibilidad de un desembarco enemigo en las costas de Valencia.⁶³

El rey de Aragón se sorprendía ante Alfonso XI porque una derrota de tal envergadura como la sufrida por Alfonso Jofre Tenorio era desconocida para ellos. También aprovechaba para decirle al castellano que desde Aragón se harían todos los esfuerzos para remediar la situación creada.

Un mes después de la derrota naval el rey castellano pedía a Pedro IV la ayuda que tenía comprometida por el tratado de Madrid del año anterior, “rogavamos que nos acorresedes con galeas para la guarda de la mar [...]”.

Por su parte los musulmanes hicieron grandes celebraciones por la victoria conseguida. El sultán Abu I-Hasan “tuvo un gran sesión afín de recibir las felicitaciones de su pueblo y de escuchar rivalizar a los poetas celebrando esta gloriosa jornada”. En Granada se celebró esta venturosa victoria “con iluminaciones, fuegos y grandes fiestas y zambras, que duraron toda la noche [...]”⁶⁴

⁶² García Jofre de Tenorio pudo salvarse embarcando en una de las naos que llegaron a Cartagena. Seis meses después, y como vasallo del rey, participó en la batalla del Salado. Este mismo personaje fue el que el día de la batalla al ver que don Juan Manuel se negaba a comenzar la pelea, le dijo “que la su espada Lovera [que heredó de su abuelo Fernando III], que dizen que era de gran virtud, que mas deuie de fazer en aquel día”, Gran Crónica, p. 425.

⁶³ Andrés Giménez Soler, Don Juan Manuel, ob. cit., p. 636.

⁶⁴ CONDE, José Antonio: Historia de la dominación de los árabes en España, 1874, pp. 291-292.

La flota portuguesa

La derrota de Jofre Tenorio había dejado el Estrecho bajo el único dominio musulmán, que podía a su antojo iniciar el trasvase de un gran ejército. El rey castellano se centró en tratar de rehacer la flota castellana con la mayor urgencia posible. Para ello era imprescindible pedir apoyo a reinos amigos, como era el caso de Aragón, ya comprometido por el tratado de Madrid, a Génova y a Portugal, reino con el que hacía poco se había mantenido una guerra limitada.

Dudando Alfonso XI de que el rey de Portugal tuviese disposición para ayudarle en la empresa del Estrecho, pidió a la reina castellana doña María (hija del rey de Portugal) “que enbiase a dezir de como la su flota se perdiera e los moros mataran al su almirante, e que le enbiase rrogar que le acorriese con la su flota en tanto que el mandaua hazer otras galeas o las enbiasse a mercar a alguna parte.”⁶⁵

El deán de Toledo, Velasco Fernández, fue enviado por la reina para gestionar con el rey de Portugal el envío de la flota. Según la crónica portuguesa el rey mandó decir a su hija: “que él no tenía necesidad de galeras ni de armas, y que por eso no las tenía que mandar. Pero si el rey, su marido, como tiene necesidad, que no use en tamaña necesidad de mañas y cautelas, como siempre hace, y que se las mande pedir”.⁶⁶

Parece ser que el rey de Castilla le hizo de nuevo la solicitud tal como pedía el portugués. Resultado fue que pocos días después llegó un enviado del rey de Portugal que notificaba al de Castilla que por “los buenos deudos que aquellos rreyes anbos a dos auian en vno, quel queria enbiar la su flota en ayuda; e que la mandaria luego armar, e que dende a pocos de dias vernia ay a Seuilla”. Y así fue, a los pocos días llegó por el Guadalquivir Manuel Pezano a Sevilla, acompañado de su hijo Carlos, al mando de la flota de Portugal. Alfonso XI pidió que la flota portuguesa patrullase el Estrecho, pero Pezano le dijo que sólo llegarían hasta Cádiz y allí permanecerían por si los necesitase el rey.

Los portugueses estaban temerosos de que los benimerines atacaran el Algarbe, lo que motivó que permanecieran en Cádiz por si se exigiera su regreso a Portugal.

⁶⁵ Gran Crónica, pp. 321-323.

⁶⁶ Crónica dos sete primerios reis de Portugal, edición de Carlos Silva Tarouca, Academia Portuguesa de História, 1952, tomo II, pp. 313-314.

Entre tanto la flota castellana se estaba rehaciendo a marchas forzadas. Para principios de octubre del año 1340 Castilla ponía en el Estrecho 15 galeras, 12 naos y cuatro leños, al mando de fray Alfonso Ortiz de Calderón, prior de la orden de San Juan.

El prior llevó cartas del rey de Castilla para el almirante de Portugal que se encontraba cerca de Cádiz, en el que le pedía que se fuese con el prior para el Estrecho. De nuevo Manuel Pezano se negó a irse de donde estaba, no teniendo Ortiz de Calderón otra posibilidad que acudir en solitario a defender la plaza de Tarifa.

La flota castellana estaba cumpliendo su cometido, impidiendo que las embarcaciones menores que llevaban las vituallas pudieran atravesar el estrecho de Gibraltar. A mitad de octubre vino por de noche una gran tormenta, de tal fuerza que se perdieron 9 galeras castellanas al ser lanzadas contra la costa, también se perdieron naos y las restantes embarcaciones menores. Muchos de los cristianos murieron y otros quedaron en poder de los musulmanes. Los barcos que se libraron del temporal se fueron para Cartagena, y otros llegaron hasta Valencia.

Según la crónica portuguesa esta tormenta también afectó a los barcos de Pezano. Señala que Castilla perdió 8 galeras y 4 naos, que fueron lanzadas a la costa junto Algeciras, mientras que Portugal perdió dos de sus galeras.

No existen fuentes documentales que afirmen que la flota de Portugal permaneció en el Estrecho o sus cercanías, después de sufrir los efectos de la tormenta. Lo más probable es que desbaratada una vez más la flota castellana, los portugueses volvieran a su país, ante el peligro de quedar desprotegidos en un Estrecho nuevamente dominado por los musulmanes.

Tras la victoria cristiana del Salado, y ante la amenaza que representaba el rearme naval de Abu I-Hasan, se exigía que los barcos cristianos volvieran a patrullar el Estrecho. Y otra vez más, era necesario la participación de otros reinos cristianos.

En la primera semana de mayo del año 1342, estando el rey castellano en Madrid, llegó una carta de Alfonso IV de Portugal que le envió decir que iría en ayuda de Alfonso XI con 10 galeras, y que venía como almirante Carlos Pezano, con el compromiso de que se le abonarían dos meses de paga. Pasado este tiempo, se dirigió Pezano al Puerto de Santa María, donde se encontraba el rey, diciéndole que se quería ir a su tierra.

Aunque el estado de la flota castellana era más que aceptable, Alfonso XI pidió a Pezano que se quedase dos meses más, para lo cual libraría el

dinero necesario, pero el portugués no lo aceptó. Dado el peligro que aún existía de un rearme de Abu I-Hasan, el rey de Castilla se dirigió al rey de Portugal dándole las gracias por la ayuda recibida y “le rogaba que las mandase refrescar de gentes, et de las otras cosas que avian menester, et que ge las enviase luego en su ayuda pagadas por algun tiempo.” ⁶⁷

Los deseos de Abu I-Hasan de volver a la Península

Desde el año 1337 se hacía cada vez más insistentes los rumores de que los benimerines querían pasar el Estrecho, pero no como ocurriera en otras ocasiones, donde se limitaron a correr las tierras cristianas, sino con clara determinación de apoderarse definitivamente de toda la Península. ⁶⁸

Como ejemplo de lo que decimos valga la carta que la gente de Sevilla enviaron a Alfonso XI en el año 1333: “Et aun disen que este fijo [Abu Malik] del rey de allen mar [Abu I-Hasan] a prometido a los grandes ommes de su tierra que viesen con él ciertas villas de la frontera e señaladamente, que a dado sus privilegios, a uno en como le da a Carmona e a otro a Ecija e a otros otras muchas villas [...]” ⁶⁹

Existían fuertes indicios de que la intención benimerín era entrar por el reino de Valencia. ⁷⁰ Varias eran las razones de este proyecto que finalmente no se ejecutó; entre otras la que comunicaba Pedro IV al Papa: “[...] con toda la morisma que ha podido juntar [Abu I-Hasan] y con la gentes de caballo y de pie que el soldán de Babilonia le ha dado nuevamente y con la ayuda de los reyes de Túnez y de Bugía, comprometido con su gran soberbia, quiere sojuzgar España a su malvada secta y especialmente [quiere ir] contra el reino de Valencia, el cual antiguamente cuando el buen rey Jaime lo conquistó a los sarracenos, se regía por la casa de Marruecos [...]” ⁷¹

La victoria del Salado el 30 de octubre de 1340 significó el fracaso de este proyecto de invasión de España. Pero el imperio benimerín era suficientemente fuerte como para intentar la invasión de nuevo. Así que nada más sufrir la terrible derrota a las afueras de Tarifa, Abu I-Hasan se

⁶⁷ Crónica, p. 541.

⁶⁸ Una detallada historia de las intervenciones benimerines en la Península puede leerse en Miguel Ángel Manzano Rodríguez, ob. cit.

⁶⁹ Ángel Canellas, ob. cit., p. 48.

⁷⁰ Wenceslao Segura González, ob. cit.

⁷¹ Próspero Bofarull y Macaró, ob. cit., p. 131.

enfrascó en organizar una nueva flota que le permitiera volver a la Península.

Al finalizar la campaña militar que Alfonso XI realizó durante el verano del año 1341, envió al emisario aragonés vizconde Bernardo de Cabrera al rey Pedro IV para decirle que “tenía cierto aviso, que el rey de Marruecos con gran poder de gente de caballo, y de pie entendía pasar el estío del año siguiente, para invadir las tierras de España, y tenía más de ochenta galeras [...]”

Se creía que Abu I-Hasan tenía grandes ansias de desquite después de la derrota del Salado; teniendo esta seguridad, Alfonso XI no sólo solicitaba a Aragón ayuda naval sino que estuviese personalmente en la lucha su rey, a lo que se excusó Pedro IV por estar vigente por entonces un tratado de paz con Granada.

Las pretensiones marroquíes eran bien conocidas por los aragoneses. A final del mes de noviembre del año 1341 el almirante Pedro de Moncada notificó a su rey que los corsarios de Tarifa habían apresado a algunos moros que le informaron que se estaban preparando de treinta a treinta y cinco galeras para abastecer Algeciras. Aunque esta información no le parecía fiable al almirante aragonés, sí eran de confianza los informes que le llegaban de que en la primavera del año siguiente, Abu I-Hasan iba a juntar su flota y que “había jurado por su ley que el primer día de marzo estaría en la mar para pasar con todo su poder”.⁷²

Los informes que llegaban a los cristianos eran bien ciertos. Abu I-Hasan había llegado a Ceuta con el deseo de “preparar una nueva expedición y de tomar así la revancha”.⁷³ Los agentes del sultán recorrían las poblaciones del Magreb reclutando tropas y sus representantes visitaban los puertos de mar para armar la nueva flota. En poco tiempo se encontraron numerosas naves listas para atravesar el Estrecho. El sultán personalmente se dirigió a Ceuta para inspeccionar su armada y gestionar su paso a la Península.

El visir Asker-Ibn-Tahadrit fue nombrado general en jefe del ejército que se estaba formando, mientras que el visir Mohammed-Ib-el-Abbas-Ibn-Tahadrit obtuvo el cargo de gobernador de Algeciras. Posteriormente el sultán le envió como refuerzo a Mouça-Ibn-Ibrahim-el-Irnaini, que hacía en la corte las funciones de visir. Los musulmanes eran conscientes que tanto

⁷² Ángel Canellas, ob. cit., p. 58.

⁷³ Ibn Khaldoun, ob. cit., p. 234.

aparato militar no se lo podían ocultar a los cristianos, por lo que contaban que Alfonso XI iba a fortalecer su flota para impedirles el paso por el Estrecho.⁷⁴

Si bien los castellanos eran sabedores de los intentos que tenían los benimerines de pasar a la Península, no estaban tan seguros de la intención con que llegarían. Se pensaba que entre los deseos de Abu I-Hasan se encontraba vengar la derrota del Salado. Se barajaba que la llegada del ejército de Marruecos vendría con el propósito de socorrer al rey de Granada que estaba siendo hostigado por Castilla. También se creía que los benimerines tenían que pasar su ejército para sostener las plazas de Algeciras, Ronda y otras posesiones que mantenían en el sur peninsular.

Los informes de la flota que estaba formando Abu I-Hasan le llegaban a los cristianos por mediación del almirante Jofre Tenorio, que elevaba hasta ochenta las galeras y otros navíos de guerra, que se estaban armando con la idea de enfrentarse a la flota cristiana y dejar expedito el paso del estrecho de Gibraltar.⁷⁵

La introducción de la alcabala

Tras la conquista de Alcalá la Real, el consejo real decidió retrasar el ataque a Algeciras hasta la primavera del año 1343, con lo que se pretendía dejar el año 1342 para recoger los fondos necesarios para una operación militar de tanta envergadura.

Por entonces el reino cristiano estaba empobrecido por los muchos impuestos que se tenían que pagar para mantener la guerra contra el Islam. El rey era consciente que el exceso de impuestos perjudicaba principalmente a los labradores y a los que estaban en peor situación y que los ricohombres pagaban poca cuantía.

Los servicios eran por entonces los impuestos más importantes que se destinaban a la guerra contra el Islam. Pero su recaudación no llegaba para pagar ni la mitad de las soldadas de los ricohombres, caballeros, fijosdalgos, caballeros de las villas y otros que iban con el rey a la guerra. Además, había que pagar la flota de Génova y la propia. Pero aún así la frecuencia de los servicios acordados por las Cortes hizo que quedaran "yermos muchos lugares de su señorío".

⁷⁴ Ibn Khaldoun, ob. cit., pp. 234-235.

⁷⁵ Crónica, pp. 335, 336 y 338.

Por esta razón decidió Alfonso XI establecer un impuesto indirecto, llamado alcabala, que se debía pagar en todo el reino y por el que se cobraba una cantidad por cada producto vendido. Como había ocurrido con otros impuestos en ocasiones anteriores, la alcabala fue introducida con carácter excepcional, pero poco a poco llegó a convertirse en un impuesto habitual y una de las principales fuentes de financiación de la monarquía.

Los prolegómenos de la alcabala vienen de antiguo. Buena muestra de ello es la exención que el rey Sancho IV dio a Tarifa en el año 1292: “[...] por grand voluntad que avemos de fazer mucho bien e mucha merçed al çonçejo de Tarifa e a los de su termino, a los que agora y son e seran daqui adelante [...] franqueamoslos pora siempre jamas que non den diezmo nin portadgo, nin veintena nin quarentena nin alcavala nin otro derecho ninguno de entradas nin de salidas [...]”⁷⁶

No parece que este privilegio de Sancho IV fuera suficiente, porque en las Cortes celebradas en Alcalá de Henares en el año 1351, se acordó conceder alcabalas para mantener Algeciras y Tarifa y para el pago de la flota, a la vez que se eximía de su pago a los castillos de la Frontera, entre los que se encontraba Tarifa.⁷⁷

La alcabala la pagaba el comprador y la recibía el vendedor que la entregaba en el plazo de ocho días al recaudador. El tipo impositivo empezó siendo “dos meajas por maravedí”, o sea un 3,33 por ciento. Cada producto tenía establecido un importe de la alcabala; por ejemplo, lo que había que pagar por una arroba de vino eran dos dineros, por un ternero un maravedí y por una vaca dos maravedíes.

La batalla de Bullones

Al comienzo de la primera semana de mayo del año 1342, Egidio Bocanegra notificó al rey Alfonso XI la gravedad que revestía la armada

⁷⁶ VIDAL BELTRÁN, Eliseo: “Privilegios y franquicias de Tarifa”, *Hispania* **66** (1957) 1-78. Para una discusión de los privilegios otorgados a Tarifa véase SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: *Los Privilegios de Tarifa*, Acento 2000, 2002.

⁷⁷ Miguel Ángel Ladero Quesada, *ob. cit.*, pp. 187-188 y O'CALLAGHAN, Joseph: *Las Cortes de Castilla y León, 1188-1350*, Cortes de Castilla y León, 1989, pp. 160-162.

que estaba preparando Abu-l-Hasan, que conjuntamente con el rey de Granada, había reunido hasta ochenta galeras y otros navíos de guerra.⁷⁸

Las intenciones musulmanas las reflejaba claramente la carta del almirante castellano y no eran otras que la de enfrentarse directamente a la armada cristiana que, fondeada en la bahía de Getares, cercaba por mar la plaza de Algeciras.⁷⁹

Los musulmanes fueron reuniendo en Ceuta navíos procedentes de distintos puertos de sus dominios, donde deberían ser completado su armamento y tripulación, quedando a la espera del enfrentamiento naval con los cristianos. Según el Poema de Alfonso XI llegaron galeras del puerto de Salé en la costa atlántica de Marruecos, que se vieron obligadas a pasar el Estrecho para alcanzar el puerto de Ceuta.⁸⁰ Sin embargo, la Crónica dice que esta flotilla estaba siendo armada en el puerto de Bullones, la bahía que se encuentra al oeste de Ceuta.

En cualquier caso, se aprecia una vez más el buen funcionamiento de los servicios de vigilancia, espionaje y contraespionaje, muy desarrollados tanto en uno como en otro bando. Los cristianos advirtieron la llegada de la flotilla islámica; en palabras del Poema de Alfonso XI: “Quando el mandado vieron / las gentes fueron guisadas, / de Çale salieron / diez galeas bien armadas. / A Çepta llegar quisieron, / el Estrecho atravesaron, / los cristianos sopieron / e los puertos les tomaron.” Doce eran las galeras marroquíes contra las que el almirante Bocanegra envió diez de sus galeras.

Los cristianos actuaron con rapidez enviando sus barcos para interceptar las naves musulmanas, dándose el enfrentamiento en la bahía de Bullones. Cuando los musulmanes vieron la llegada de los cristianos, saltaron a tierra, siendo perseguidos por los castellanos: “Moros a tierra salieron, / a tierra luego saltaran, / los cristianos los seguieron, / las galeas

⁷⁸ Pedro Barrantes Maldonado, ob. cit., pp. 189-190 narra una batalla entre las flotas cristiana y musulmana que se registró al principio del año 1341. El enfrentamiento, según este autor, se dio en la desembocadura del río Barbate y los castellanos lograron vencer a pesar de enfrentarse 10 de sus galeras contra 12 de los moros. El resultado fue 4 galeras musulmanas quemadas, 2 anegadas y 6 fueron apresadas por los cristianos. Hay que dudar de la veracidad de esta información que no se encuentra constatada en ninguna otra fuente.

⁷⁹ Crónica, p. 338.

⁸⁰ El Poema de Alfonso XI, edición de Yo Ten Caté, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956, pp. 575-577.

desabaratavan.” Cuatro galeras benimerines fueron incendiadas, dos anegadas y las seis restantes quedaron en poder de los cristianos. El Poema insiste en las pérdidas humanas que se registraron: “Mucha gente fué perdida, / fuertes fueron las entençiones; / esta batalla fué vençida / en los puertos de Bollones.” Tras el victorioso combate las galeras cristianas volvieron a su base de Getares y continuaron con el bloqueo de Algeciras.

Cabe preguntarse porqué Bocanegra envió sólo diez galeras para enfrentarse con las doce musulmanas. La razón podría buscarse en que estos navíos no estaban completamente operativos al encontrarse en fase de construcción en el puerto de Bullones. En este supuesto habría que explicar porqué estos navíos que no estaban en condiciones de combatir no se encontraban protegidos por otras fuerzas navales. En la hipótesis que traza el Poema, habría que admitir que las galeras que venían de Salé no estaban completamente armadas, ni dotadas de tripulación, operaciones que se pensaba completar en el puerto de Ceuta.

El almirante de Castilla envió carta a Alfonso XI notificándole de su victoria. Pero el rey cristiano seguía temeroso de la gran flota que estaba juntando Abu I-Hasan, que a pesar de la pérdida sufrida en Bullones, “non escusaria por ninguna manera de la enviar que pelease con la suya”. Alfonso XI quiso fortalecer aún más su armada, para lo que envió a uno de sus tesoreros a Sevilla para que en sus atarazanas se armasen las galeras que allí se encontraban y cuanto antes se las enviase al almirante.⁸¹

La batalla de Guadalmesí

En la primera semana de mayo del año 1342, Alfonso XI llegó a Madrid desde donde siguió con preocupación las operaciones navales en el Estrecho. Tenía el convencimiento de que Abu I-Hasan no dudaría en pasar con su flota a la Península. La falta de noticias de su almirante, Egidio Bocanegra, hizo aumentar, aún más, su inquietud.

Aunque el consejo real había acordado que en el año 1342 no habría acciones militares contra los musulmanes y que durante ese año se debían hacer los preparativos para acometer la conquista de Algeciras, la preocupación del rey determinó que se fuera a Sevilla. Pensaba que si en la batalla naval que se avecinaba ganaban los cristianos, estando en la ciudad hispalense le sería más fácil hacer las gestiones para el refrescamiento de

⁸¹ Crónica, p. 338.

su flota. Y si la victoria fuese para los musulmanes, la estancia del rey en Sevilla daría ánimos a sus subordinados para proseguir la guerra.

El rey notificó a los principales nobles del reino su marcha a la Frontera, pero pidiéndoles que permanecieran en sus tierras, sin necesidad de que lo acompañasen.⁸²

A mitad de mayo salió el rey de Madrid y estando cerca de Sevilla le llegó carta del frontero mayor, don Alfonso Méndez,⁸³ que le hacía saber que la flota combinada de Marruecos y Granada había pasado el Estrecho, “que estaban en un lugar do entra en el mar el río Guadalmeçil” y que el almirante de Castilla y Carlos Pezano con los barcos de Portugal, la tenían allí retenida para que de no saliesen a mar abierto ni se marchasen para Algeciras.⁸⁴ El Poema de Alfonso XI en algunos pasajes de los sucesos que narramos da información complementaria a la Crónica; dice que la flota musulmana venía de Ceuta con dirección a Algeciras, momento en que fue interceptada por los cristianos: “Almorave se guisó / quando esta razón oyera / e los puertos Çepta e Algezira. / Los cristianos lo sopieron / e los

⁸² Entre estos nobles se encontraba don Juan Manuel, don Juan Núñez de Lara, don Juan Alfonso de Alburquerque y don Pedro Fernández de Castro.

⁸³ Según dice la Crónica Alfonso XI recibió las noticias de la flota el jueves por la mañana. Esto significa que debió ser el día 16 ó 23 de mayo de 1342. Según se desprende de la Crónica, el rey tardó 4 días en ir de Madrid a las cercanías de Sevilla. Por razones que veremos más adelante debemos inclinarnos por la fecha del 23 de mayo.

⁸⁴ La batalla del río Guadalmesí se encuentra descrita con detalle en la Crónica, pp. 338-340. El río Guadalmesí tiene su nacimiento en varios arroyos que surgen al sur de la Sierra de la Luna, ya en el término municipal de Tarifa, a unos 600 metros de altitud. Adquiere un significativo caudal por la zona de El Torero, entre una densa población de alcornocos. Antes de llegar al Palancar hay una presa que toma agua para suministro de Algeciras. A partir de aquí se inicia un magnífico canuto o bosque en galería, muy bien conservado, donde destacan especialmente los alisos, algunos de estos árboles meten sus raíces en el propio río, que sigue conservando algunas especies de peces. Atraviesa la carretera nacional 340, a la altura de la urbanización de El Cuartón, por el kilómetro 93.5. Continúa descendiendo por una pronunciada hondonada, para llegar mansamente al mar Mediterráneo, a los pies de una torre de vigilancia costera o almenara. Alcanza un recorrido de siete kilómetros, todos ellos dentro del término municipal de Tarifa.

puertos les tomaron / e los moros se bolvieron / a Guadalmeçil llegaron. / Allí fueron çercados / los moros con su conpañã".⁸⁵

El cronista de los duques de Medina Sidonia, Pedro Barrantes Maldonado, que escribió en el siglo XVI, describe cómo la flota musulmana fue arrinconada en la bahía de Guadalmesí. Según este autor, la armada de Castilla se encontraba en el río Barbate, "que es una legua mas atras de los cabos de Plata, donde comienza el Estrecho". Como lo viese Abu I-Hasan, que tenía su flota en Tánger, mandó moverla a Algeciras aprovechando la ocasión para cruzar el Estrecho. Pero cuando las flotas de Portugal y Castilla vieron las velas enemigas, salieron tras de ellas con viento de poniente. Entonces la flota musulmana se metió "adonde entra el rio de Guadalmeçil en la mar" y allí la encerraron.⁸⁶

La narración de Barrantes Maldonado hay que tomarla con cautela,⁸⁷ pero es posible que algo como lo que describe hubiese ocurrido. Los musulmanes debieron decidir su paso por el Estrecho cuando, por alguna circunstancia, la flota cristiana se encontraba con dificultades para impedir la travesía. Tampoco hay que descartar el efecto de los vientos que azotan el Estrecho, que pudieron haber alterado la ruta de los barcos de uno u otro bando.

Egidio Bocanegra hacía saber al rey que si "algunas gentes fuesen por la tierra" podrían atacar a la flota musulmana y combinar esta acción con la que se hiciera desde los barcos cristianos. Auguraba el almirante de Castilla, que en tal caso, se podría quemar y anegar a toda la flota islámica. Enterados en Algeciras de la delicada situación, enviaron fuerzas terrestres que protegiesen por la retaguardia a los barcos musulmanes.

Con urgencia el rey hizo llamar a los concejos de Córdoba, Écija, Carmona, a los maestros de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara y algunos nobles de la Frontera, para formar un ejército que acudiese a la bahía de Guadalmesí. Como viese el rey la posibilidad de acudir presto a la costa, mandó pedir al almirante que tratase que la flota musulmana permaneciese encerrada en la bahía mientras que le daba tiempo para acudir en su ayuda.

⁸⁵ Poema de Alfonso XI, ob. cit., pp. 579-591.

⁸⁶ Pedro Barrantes Maldonado, ob. cit., p. 190.

⁸⁷ Toda la documentación apunta a que los barcos de Marruecos y Granada se encontraban en Ceuta y no en Tánger.

Por entonces era alcaide de Tarifa Alvar Pérez de Guzmán, que disponía de una fuerza militar insuficiente para enfrentarse en tierra con los musulmanes que protegían la flota en Guadalmequí. Por esto motivo hizo un llamamiento al concejo de Jerez, el más cercano que podía ayudar a los tarifeños. Pero a pesar de que los jerezanos pudieron llegar a tiempo, no lo hicieron, por razones que la Crónica no recoge, aunque sí refiere la irritación del rey por tan extraño comportamiento en un concejo fronterizo que siempre se había caracterizado por su disposición a luchar contra los musulmanes: “ca de luengo tiempo acá siempre fueron muy prestos en el servicio de los Reyes en la guerra de los Moros”.

Para lograr romper el cerco cristiano, los musulmanes enviaron trece galeras que estaban en Algeciras. Bocanegra mandó contra ellas diez de sus galeras y tras un fuerte enfrentamiento resultaron victoriosos los cristianos. Siete de las embarcaciones musulmanas “fueron a quebrar en tierra vencidas”, otras cuatro fueron anegadas y otras dos galeras fueron apresadas por los cristianos.⁸⁸ Una vez más el Poema de Alfonso XI difiere ligeramente de la Crónica. Según el texto rimado, los de Algeciras intentaron una operación de distracción, enviando diez de sus galeras, con la idea de que al ser atacados por los cristianos, el resto de la flota musulmana pudiera salir a alta mar. Según el Poema fueron nueve las galeras que el almirante Bocanegra mandó a pelear con las que venían de Algeciras; la victoria tuvo lugar “el la Cal de Bela Azin”, produciéndose muchas bajas musulmanas.

La situación era extremadamente peligrosa para la flota musulmana, cuyos almirantes decidieron intentar romper el cerco, dirigiéndose hacia la bahía de Algeciras, por lo que se vieron obligados a ir contra la flota de los cristianos para alejarlas hacia alta mar. Con gran premura, las naves castellanas izaron las velas y se lanzaron contra los moros con todo su ímpetu, con tanta rapidez, que las galeras musulmanas fueron sorprendidas. De este ataque resultaron anegadas seis galeras de moros.

⁸⁸ Barrantes dice que cuando los cristianos vieron asomar por Punta Carnero las trece galeras que venían de Algeciras, se lanzaron contra ellas los diez barcos cristianos, con el resultado victorioso que recoge la Crónica. Añade el cronista de la Casa de Niebla que las galeras moras que quebraron en tierra lo fueron por “la fuerza del agua que ay en aquel estrecho”, añade que conocida esta pérdida, los musulmanes algecireños llegaron por tierra para defender los barcos que habían quedado varados en la orilla, Pedro Barrantes Maldonado, ob. cit., p. 190.

Fue tanto el empuje de las galeras cristianas, que tres de las naves atacantes embarrancaron en la orilla, permaneciendo las restantes en “agua alta”.

El Poema vuelve a dar datos diferentes a la Crónica: “E fuéronlos atajar / cristianos quanto podieron; / entre la tierra e la mar / çinco naves se posieron.” Describe en sus cuartetas el fuerte enfrentamiento entre las galeras cristianas y los moros que estaban en tierra, con el resultado de que todas las naves castellanas encalladas fueron perdidas: “E las navez en los puertos / con fuego fueron quemadas, / los cristianos todos muertos / a muy grandes espadadas.”

Los moros que estaban en tierra y los de las galeras cercanas, atacaron a los barcos cristianos que se habían quedado atrapados cerca de la costa. Tanto se acercaron algunas naves cristianas para defender las que estaban siendo atacadas, que quedaron atrapadas en seco dos de los barcos genoveses.⁸⁹ A pesar de la dura pelea, una de estas galeras fue recuperada, permaneciendo la otra en tierra, de la que era cómitre un hermano del almirante genovés de nombre Zacarias. Para defender su galera, puso lo mejor de sus hombres a proa, que daba a tierra, desde donde le atacaban. Para ayudar a los que defendían a esta galera, se acercó a ella otra, que reponía los soldados que eran heridos o muertos. La pelea se prolongó, hasta que llegada la marea pudo la nave genovesa ir hacia alta mar.

Mientras que esto ocurría, los musulmanes seguían hostigando a las tres galeras castellanas que se encontraban inmovilizadas cerca de tierra, que se defendían como mejor podían. Pero pasaba el tiempo y comprobaban que era imposible salir de donde se encontraban, por lo que salieron los pocos que aún permanecían con vida y prendieron fuego a las naves. Tan cerca estaban las galeras musulmanas, que el fuego quemó algunas de estas naves.

Después de estos acontecimientos, los almirantes musulmanes arremetieron a donde estaban Bocanegra y Pezano. El enfrentamiento se hacía cada vez más intenso “de muchas saetadas, et de muchas lanzadas, et de muchas pedradas”. Pasaban las horas y el enfrentamiento entre los dos bandos continuaba, prolongándose “grand parte del dia”.

⁸⁹ Las galeras genovesas eran de mayor calado que las castellanas, ya que normalmente eran utilizadas para el comercio, pero que igualmente aceptaban participar en la guerra.

Como las galeras mientras que combatían lo hacían sin velas ni remos, el viento de levante que había aquel día, ⁹⁰ fue llevando poco a poco a las naves que combatían cerca de Tarifa, sin que la tripulación lo advirtiera. Finalmente la batalla se resolvió en un lugar que la Crónica llama la Caleca, ⁹¹ ya en Tarifa, “á una legua donde avian comenzado la pelea”.

Resultado de la victoria cristiana fue la muerte de los almirantes moros y la toma de los estandartes que llevaban. Las pocas galeras musulmanas que pudieron escapar se fueron para Ceuta. En total se perdieron 26 galeras de los moros, contando tanto las que tomaron los cristianos, como las anegadas y las que ardieron. Por parte cristiana sólo se perdieron las tres naves que encallaron en la costa. Nada más finalizar el combate, los almirantes de Castilla y de Portugal, con sus respectivas flotas y con los barcos que habían capturado, volvieron a Getares donde solían estar, para seguir bloqueando a Algeciras.

El cronista musulmán del siglo XIV Ibn Jaldún dedica un sólo párrafo a esta batalla: “El rey cristiano tuvo conocimiento de estos preparativos [los que hacía Abu I-Hasan para pasar el Estrecho] y envió su flota al Estrecho para combatir con la de los musulmanes. En este encuentro, Dios sometió a los verdaderos creyentes a una severa prueba: un gran número de entre ellos encontraron el martirio y los cristianos quedaron dueños del mar. Entonces, el rey dejó Sevilla, a la cabeza de una armada inmensa y marchó sobre Algeciras con la esperanza de hacerle sufrir la suerte de Tarifa e incorporarla a sus posesiones.” ⁹²

La fecha de la batalla fue el lunes 27 de mayo de 1342. A esta conclusión llegamos porque Zurita dice que la batalla de Estepona (ver más adelante) fue “en fin del mes de mayo de este año”, o sea el 31 de ese mes. Mientras que la Crónica dice que esta batalla fue cuatro días después de la batalla del Guadalmequí.

La batalla de Estepona

⁹⁰ No debía ser muy intenso el viento de levante, porque según manifiesta la Crónica, las naos “ayudaban muy bien á los de las gales desde podían llegar, ca les hacía poco viento”.

⁹¹ Quizás se refiera el texto a la zona conocida actualmente como la Caleta, unos arrecifes que se encuentran a unos centenares de metros de la muralla medieval.

⁹² Ibn Khaldoun, ob. cit., tomo IV, p. 235.

Conocida la victoria naval de Guadalmesí, Alfonso XI expidió cartas de felicitación a los dos almirantes que habían hecho posible tan gran triunfo. El rey también quiso conocer personalmente el estado en que se encontraba su flota anclada en la bahía de Getares, por lo que se fue para el Puerto de Santa María, adonde llegó Carlos Pezano con los barcos de Portugal, para pedir licencia al rey para partir del Estrecho, al haber cumplido los dos meses por los que había recibido paga.

Como también hubiesen llegado al Puerto de Santa María dos de las galeras de Castilla, donde venían algunos genoveses, solicitó el rey de sus tripulantes que le informaran del estado real de la flota. Pensaba el rey que algunas de sus galeras estarían en mal estado y que deberían ser llevadas a las atarazanas sevillanas para su reparación y que también deberían de encontrarse muchos tripulantes heridos y necesitando atención. Ante esta eventualidad el rey pensaba pedir a Carlos Pezano que continuase en la guarda del Estrecho. Pero los castellanos que habían llegado cerca del rey le aseguraron que sus barcos estaban en buen estado y que eran pocos los heridos “et que podrian muy bien guardar el paso de la mar”.

A pesar de los informes favorables sobre el estado de la flota, Alfonso XI pidió al almirante portugués que permaneciera en el Estrecho y “que él daría paga para aquellas sus galeas para otros dos meses”. Como el almirante portugués mantuviese su idea de irse para Portugal, el rey castellano le hizo “mucha merced dandole algo de lo suyo, et en otras mercedes que él pidió”.

Aunque la derrota naval de Guadalmesí había sido un duro golpe para la fuerza naval musulmana, se sabía que el poder de Abu I-Hasan era suficiente para reorganizar su flota, ya que el sultán era “ome de grand corazon et de grand esfuerso, et rico et muy poderoso”. Por esta razón Alfonso XI mandó sus mandaderos al rey de Portugal, tanto para agradecerle su participación en la acción naval en el estrecho de Gibraltar, como para rogarle que mandase refrescamiento de gentes y de otras cosas de que era menester su flota.

Estando todavía el rey en Jerez, le llegó carta del almirante de Aragón Pedro de Moncada, que acababa de llegar con su flota al Estrecho. Por esta misiva tuvo conocimiento el rey de que el día 31 de mayo, cuando las veinte galeras aragonesas venían en dirección al estrecho de Gibraltar, se encontraron con trece galeras musulmanas que venían de Marruecos a la

altura de la población de Estepona.⁹³ Enfrentadas las dos fuerzas navales, encontraron los musulmanes la derrota. Cuatro de sus galeras fueron apresadas, dos dieron en tierra cerca de Estepona y las restantes siete escaparon. La Crónica dice que las galeras que pudieron huir se refugiaron en el puerto de Vedis en Marruecos, mientras que Zurita dice que llegaron al puerto de Vélez.

La situación en el Estrecho favorecía los intereses castellanos, que se centraban en la conquista de Algeciras, el puerto por donde podían entrar nuevas invasiones norteafricanas.

El rey Alfonso XI quiso conocer personalmente el estado de la flota y el de la plaza de Algeciras, que se encontraba en posesión de los benimerines. El rey salió de Jerez a finales de junio, pasó por Tarifa y de allí se fue a Getares, acompañado de dos mil trescientos caballeros y tres mil peones. En el puerto de Getares pudo ver sus barcos y se entrevistó con Egidio Bocanegra y Carlos Pezano, que de primera mano le dieron detalles de cómo se había desarrollado la batalla en la ensenada de Guadalmesí.

Los informadores de los cristianos les comunicaron que Algeciras se encontraba muy desabastecida, porque las galeras que tomó Pedro de Moncada en Estepona iban cargadas del trigo que necesitaban en caso de asedio. Se pensaba que debilitada la flota musulmana incapaz de vencer el bloqueo cristiano y sometida Algeciras a las penurias provocadas por la falta de abastecimiento, era el momento de iniciar el sitio de la plaza, aunque la fecha (ya entrado el verano) no fuese la más conveniente.

Como la fuerza militar que traía Alfonso XI era claramente insuficiente para sitiar una plaza de la envergadura de Algeciras, se decidió volver a Jerez y reorganizar el ejército que debía conquistar dos años después la última entrada a España que tenían los benimerines.

⁹³ La fecha de la batalla la da Jerónimo Zurita, ob. cit., edición de 1610, p. 153.

Apéndice:

La galera en la guerra naval medieval

Poco se conoce de la guerra naval que se desarrollaba en la Edad Media. Los cronistas apenas narran enfrentamientos navales, mientras que se extendían en describir las batallas en tierra, al considerarlas más propias de quedar registradas para la posteridad. Sin embargo, durante la denominada batalla del Estrecho ⁹⁴ el protagonismo de la guerra lo tuvieron los barcos cristianos y musulmanes que se enfrentaron en numerosas ocasiones. Y fueron las operaciones navales las que finalmente decidieron la victoria a favor de Castilla.

La guerra naval medieval va unida a la galera, convertida por derecho propio en la más eficiente embarcación militar. Es escaso el conocimiento que se tienen de estos barcos en el periodo estudiado, por lo que algunas de las cosas expuestas no son más que especulaciones que la arqueología submarina deberá algún día corroborar.

La galera

La Segunda Partida de Alfonso X clasifica los barcos de la época. Indica que los mayores iban a viento y recibían el nombre de naves, habiéndolas de uno o dos mástiles. ⁹⁵ Había otras embarcaciones menores movidas exclusivamente a velas como la carraca, la nao, la fusta, el leño o la carabela. Estas embarcaciones eran las de casco redondo, tenían gran capacidad de carga, eran usadas habitualmente para el comercio, aunque se convertían en barcos de guerra si era necesario. La borda de estos barcos, a veces reforzada por castillos a popa y proa, superaba considerablemente la altura de las galeras, por lo que se convertían en fortalezas inexpugnables y en ocasiones en refugio para las tripulaciones que se veían obligadas a abandonar sus galeras. Dependían exclusivamente del viento, por lo que sus movimientos eran lentos y limitados,

⁹⁴ Con este nombre denominamos al conjunto de operaciones militares, políticas y diplomáticas que se desarrollaron en torno a las plazas de Tarifa, Algeciras y Gibraltar entre los años 1262 y 1344 y el que actuaron los reyes castellanos Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI.

⁹⁵ La información sobre la guerra en el mar se encuentra en ALFONSO X, rey de Castilla: Siete Partidas, Monfort Benito (editor), Valencia, 1767, Segunda Partida, título XXIII, pp. 220-229.

inadecuados para enfrentamientos que normalmente concluían en el abordaje.

En la batalla del Estrecho se usaron ampliamente las naos, que podían transportar hasta ciento cincuenta hombres de armas además de la tripulación encargada de la navegación. Por esta época llegaron al Estrecho barcos redondos equipados con remos, este fue el caso de un leño de cien remos que los aragoneses trajeron para apoyar la flota cristiana del estrecho de Gibraltar.

En el mismo título de la Segunda Partida se dice que en España había otros tipo de navíos, “aquellos que han vancos e remos, es eftos fon fechos, feñaladamente, para guerrear con ellos”. Se trataba de las galeras, la embarcación de guerra por excelencia. Estos barcos también llevaban velas con uno o dos mástiles (denominados palo mayor y trinquete), se caracterizaban por su poco calado (u obra viva) que era de unos dos metros y tenían baja borda, alcanzando una relación de aproximadamente ocho entre la eslora y la manga. Aunque especialmente diseñadas para la guerra, también las galeras eran usadas para el comercio; las específicas para esta finalidad tenían una relación eslora manga en torno a seis.

Si bien la galera gracias a su forma y dimensiones podían maniobrar con facilidad, por estas mismas circunstancias se convertía en una embarcación frágil, especialmente en las duras condiciones climáticas de las aguas del estrecho de Gibraltar. Ya este hecho fue señalado por Vegecio con relación a las naves romanas: “Las liburnas son derribadas más a menudo por los vendavales y el oleaje que por el ataque de los enemigos.”⁹⁶

La fuerza que imprimían los remos a una galera no era suficiente para vencer la fuerza de la marea, incluso a veces eran incapaces de contrarrestar el viento.

Las galeras realizaban una navegación de cabotaje, pernoctando en tierra si era posible, pudiendo recorrer unos setenta y cinco kilómetros diarios. Su autonomía se limitada a tres o cuatro día, por la falta de amplias bodegas que pudieran almacenar el agua y el resto de los víveres.

Deja bien claro Alfonso X la función de los remos en las galeras: “para alcançar a los que fe les fuyeffen, o para fuyr de los que figuieffen”. Los

⁹⁶ FLAVIO VEGECIO RENATO: Compendio de técnica militar, Cátedra, 2006, pp. 358-380. Las liburnas eran embarcaciones movidas a remo y vela, en esencia eran galeras.

remos, no sólo daban fuerza motriz en caso de ausencia de viento, sino sobre todo, dotaban a la galera de una movilidad esencial en el combate naval. Cita el documento alfonsino otras embarcaciones movidas a remos y vela como las caleotas, los tardantes, las saetyas y las sarrrantes, así como otras menores que servían para servicio de las mayores.⁹⁷ La documentación de la época en que se dio la batalla de Guadalmesí, nos permite afirmar que la flota cristiana era combinada, formada por galeras y naos. Sin embargo, nos atrevemos a especular que la proporción de los dos tipos de navíos fue paulatinamente favoreciendo a las galeras, que quedan finalmente como las grandes protagonistas de las batallas navales que se dan en el estrecho de Gibraltar.⁹⁸

Hay que lamentar la falta de información documental sobre las galeras y otras embarcaciones de guerra utilizadas en la Edad Media. La razón tal vez resida en que la guerra en el mar no la hacían los nobles, por lo que perdía interés para los cronistas. Sólo al almirante de la flota se le exigía procedencia noble, ya que según la legislación de Alfonso X debían ser “de buen linaje para auer verguença”. A los capitanes de cada una de las galeras o cómitres sólo se les exigía tener calificación para desarrollar su cometido. No se puede reconstruir en su integridad ninguna batalla naval medieval, porque los cronistas le dedican muy poca extensión o bien remiten a autores clásicos como Vegecio.⁹⁹ Hay que esperar que el desarrollo de la arqueología submarina subsane esta escasez de información.

La tripulación de las galeras, ya fuesen hombres de mar encargados del velamen o bien remeros, debía ser experta y estar bien entrenada. Este fue uno de los principales problemas con que se enfrentaron los reinos

⁹⁷ Parece ser que las galeras en tiempo de Alfonso X eran birremes, es decir con dos órdenes o filas de remos por cada banda y con cien remeros, lo que harían un total de 150 personas embarcadas, Rodríguez García, José Manuel: “La marina alfonsí al asalto de África, 1240-1280. Consideraciones estratégicas e historia”, *Revista de Historia Naval* **85** (2004) 27-55.

⁹⁸ Hay que resaltar la actuación de las naos durante el sitio de Algeciras, donde las grandes naos cántabras formaron una línea de bloqueo que se estrechaba por la noche para impedir el paso a las embarcaciones que llevaban socorros a la plaza sitiada.

⁹⁹ Bennet M., Bradbury J., DeVries K., Dickie I., Jestice P. G.: *Técnicas bélicas del mundo medieval. 500 a.C-1500 d.C.*, Libsa, 2007, la guerra naval se describen en las páginas 210-249.

medievales para mantener potentes flotas armadas. Ya que faltaba personal para la tripulación o si existía no tenía el adiestramiento necesario para entrar en combate. Cuando se producía una pérdida de barcos en una batalla naval, era mucho más difícil reponer la tripulación que construir nuevas embarcaciones.¹⁰⁰

Durante la Edad Media la mayoría de los reinos no podían mantener flotas permanentes a causa de su excesivo costo. Se exigía pagar a los servidores de las naves, tener un mantenimiento permanente de éstas y hacerles llegar los suministros necesarios, algunas veces desde lugares alejados, como solía ser el caso de la flota del estrecho de Gibraltar que debió ser abastecida desde Sevilla. Si bien al principio los ejércitos terrestres eran más costosos que las flotas de guerra, la situación cambió con la denominada batalla del Estrecho, donde el mantenimiento de la flota excedía los gastos de organización de un ejército para luchar en tierra. Por contra, la guerra naval permitía obtener un botín más cuantioso que la batalla en tierra.

Estructura de la galera

La estructura del casco o buco de una galera se formaba a partir de la quilla o carena, que carecía de arrufo o curvatura y podía alcanzar una longitud de más de cuarenta metros.¹⁰¹ A proa de la quilla se fijaba la roda y a la popa el codaste. Para darle solidez a la estructura había una pieza llamada buchería a nivel de la cubierta, que unía la roda al codaste. A la quilla se unían las cuadernas o costillaje, que por el otro extremo quedaban unidas a la tapera, pieza colocada a ambos lados de la galera. El armazón se cubría con doble forro de tablas que luego se calafateaban o espalmaban.

El calafateado se hacía con estopa impregnada de sebo, que se incrustaba fuertemente entre las tablas del forro. Con esta operación no sólo se lograba la estanqueidad de la embarcación, sino que era una protección frente a proyectiles que normalmente no lograban traspasar el casco. Por contra, se corría el riesgo de que el sebo utilizado para el

¹⁰⁰ Hay que añadir que la galera era una embarcación relativamente fácil de construir, que si bien exigía especialistas y material específico, ni necesitaba tanto material para su construcción, ni era tan elaborada como otras naves de la época.

¹⁰¹ OLESA MUÑOZ, Francisco-Felipe: La galera en la navegación y el combate, Junta Ejecutiva del IV centenario de la batalla de Lepanto, 1971, tomo I.

calafateado se incendiara, a consecuencia de lo cual podía perderse la nave.

En la roda se colocaba, algo inclinada hacia arriba, una robusta viga de abeto de unos seis metros de longitud llamada espolón. Se trataba de una pieza utilizada en el abordaje, que ya se usaba en las galeras por el octavo siglo antes de Cristo. Su inclinación hacia arriba permitía que cuando impactaba con una nave enemiga le rompiera los remos o palamenta. El espolón también se usaba para fijar el aparejo del trinquete, uno de los dos mástiles que llevaban algunas galeras. Por su situación, el espolón no actuaba como ariete, porque en caso de impactar por el costado de una nave enemiga, sólo lograba atravesar la obra muerte del navío, que rápidamente podía ser reparada por los carpinteros y calafates de abordaje. Es más, un impacto de tal naturaleza podía romper o inutilizar el espolón. En cualquier caso, era de mayor interés capturar una nave enemiga que hundirla o quemarla.¹⁰²

A proa y popa había una superficie cubierta llamada tamboreta. La de popa normalmente estaba cubierta por la toldilla, una especie de tienda de campaña curva. Esta cubierta se ampliaba a toda la nave por la noche o cuando lo exigían las inclemencias del tiempo, a esta protección se le llamaba tienda.

La cámara de boga era donde se situaban los remeros, que en la Edad Media eran hombres libres que voluntariamente, y bajo paga y con derecho a botín, se alistaban en las galeras. La cámara de boga ocupaba las tres cuartas partes de la eslora de la nave, extendiéndose por toda la extensión de la manga. La cámara de boga estaba atravesada en sentido longitudinal por la crujía, pieza situada a mayor altura que los bancos de los remeros.

El remo estaba constituido por la pala o parte ancha que se sumergía en el agua; la caña era la parte estrecha que unía la pala con la borda y el guión, pieza que quedaba dentro de la borda y que era empuñada por los remeros. Para equilibrar el peso de la parte exterior del remo se le ponía lastre al guión. Se procuraba que el remo fuera de buena madera de haya, pudiendo alcanzar hasta los doce metros. Como el guión era demasiado grueso para ser cogido íntegramente por la mano del remero, se le colocaba un asa de madera, de grueso adecuado para ser cogido por el remero.

¹⁰² Las liburnas romanas llevaban el espolón a nivel del agua.

Los remeros iban sentados en bancos que estaban inclinados respecto a la crujía, de tal forma que su parte exterior estaba adelantada hacia la proa, con lo que se mejoraba el rendimiento del esfuerzo del remero. Los remeros bogaban sentados y mirando hacia la popa. Entre banco y banco había un espacio llamado remiche, que es donde dormía el remero.

Había que disponer un espacio para el fogón o cocina, que debía estar protegida para evitar que el fuego de su hogar se pudiese propagar por la galera.

Por la época que comentamos, las galeras se fortificaron, apareciendo castillos a popa y a proa, donde podían guarecerse los soldados y atacar al enemigo. Las cofas, o plataformas situadas en la parte superior de los mástiles, también eran utilizadas como puntos de combate.

Aunque el timón articulado en el codaste ya era conocido por esta época, parece que aún estaba muy extendido el timón latino o de caja, denominada espada o espadilla. Consistía en un remo-timón, colocado en cajas adosadas al casco por ambos costados de la zona de popa y que permitían dirigir la nave.

Las galeras medievales podían llevar dos mástiles: el palo mayor, situado en la parte central de la nave y realizado con una sólo pieza de madera y el trinquete, colocado a proa y también de una sola pieza.

Aparejada a cada mástil estaban largas entenas o vergas, inclinadas hacia babor y en donde se aparejaban velas triangulares o latinas.¹⁰³ Las entenas se construían en dos piezas unidas entre sí a la altura de cada uno de los mástiles.

La boga se podía realizar con todos los remeros o bien por cuarteles, en este caso remaban sólo un tercio de los remeros. Esta última boga se hacía en la navegación, mientras que la primera era la propia cuando la galera entraba en combate.

Los remeros estaban adecuadamente adiestrados, para poder responder a las órdenes y realizar operaciones complejas, como la ciaboga, donde se conseguía girar la galera remando los remeros de una sólo banda, debiéndose realizar esta operación en un espacio tan estrecho como la eslora de la galera.

El ritmo de la boga se iniciaba con un silbato y luego se mantenía con los cantos salmónidos de los remeros. El ritmo de la boga era de dos

¹⁰³ Entre los siglos VII y XI la vela latina triangular fue reemplazando a la antigua vela cuadrada, haciendo así posible navegar con vientos menos favorables.

paladas por minuto, llegando hasta las tres o cuatro paladas en la boga viva. No sólo era importante el ritmo de la boga, sino también su amplitud, que daba mayor o menor fuerza motriz.¹⁰⁴

La tripulación de la galera

La Segunda Partida detalla el personal que debía ir a bordo de una galera de combate en la Edad Media. El almirante dirigía toda la flota, era nombrado directamente por el rey y en Castilla existía sólo uno. Cada galera iba dirigida por un cómitre, que también era nombrado por el rey o bien por su mandado.

El noachero era el que guiaba el navío, eran “como Adalides en tierra”. Debían conocer las corrientes, los cambios de tiempo, las islas, los puertos, y las entradas y salidas para poner los navíos a salvo.

Los hombres de guerra estaban constituidos por los proeles que “van en la proa de la Galea [...] fu oficio es de ferir en las primeras feridas”, por lo que se exigía que fueran los soldados mejor preparados. Los alieres se colocaban en los costados de la galera, y debían estar dispuestos para socorrer allí donde fuera menester, según lo mandara el noachero o el cómitre. Los sobresalientes era la tropa que tenía por finalidad la defensa de los navíos. A bordo también iban ballesteros y otros “omes de armas”.

¹⁰⁵

La galera debía llevar hombres de mar o marineros, que debían servir las velas y echar y recoger las anclas, eran dirigidos por el noachero. El mayoral tenía a su cargo a los que cuidaban de las armas, las viandas y las jarcias del navío.

El mantenimiento de la galera

En las bodegas de los barcos de la flota debía almacenarse todo lo que se necesitaba para su abastecimiento durante el largo tiempo que se mantenía patrullando el Estrecho sin tocar puerto. Era básico almacenar bastantes alimentos, entre el que se encontraba el bizcocho o “pan muy liuiano, porque fe cueze dos vezes, e dura mas que otro, e non se daña”,

¹⁰⁴ Las galeras musulmanas y cristianas se distinguían por la boga y por la forma de aparejar las velas y entenas y naturalmente, por las insignias y banderas que cada una llevaban.

¹⁰⁵ Los ballesteros catalanes de la flota aragonesa estaban reputados como los mejores de Europa.

convertido en el alimento básico de la tripulación. No podía faltar la carne salada, las legumbres y el queso. Los ajos y las cebollas se llevaban para que no se corrompiera el agua y los alimentos. Naturalmente el agua no debía faltar.

Se llevaba a bordo el vinagre, “que es cofa que les cumple mucho en fus comeres” y que se le añadía al agua en el caso de que hubiera escasez. La Segunda Partida no recomendaba el llevar sidra o vino, por los efectos que produce. Aunque admitía que en caso de llevarse se mezclara con agua para amortiguar sus consecuencias.

El armamento de la galera

Muy variado era el armamento que portaban las galeras de guerra, aunque ninguno de ellos podía ser definitivo y sólo su combinación podía ser determinante para alcanzar la victoria.

La Segunda Partida también refiere el armamento que debían llevar las galeras. Hay que señalar el armamento individual, del mismo tipo que el usado en el combate en tierra, es decir: lorigas,¹⁰⁶ lorigones, escudos, perpunttes,¹⁰⁷ corazas, espadas, puñales, hachas, lanzas, etc.

No se podían llevar grandes ingenios por el desequilibrio que originaría en el navío su disparo, pero sí parece que se llevaban ballestas de tamaño medio, las había de “eftriberas, e de dos pies, e de torno”. Había que llevar gran provisión de dardos, piedras y saetas.

La cal se usaba para que, lanzada a favor del viento, llegara a la nave enemiga y produjera la ceguera de sus tripulantes. El jabón también se usaba como arma, pues arrojado al adversario resbalaban y limitaban su capacidad de respuesta. Incluso se lanzaban escorpiones sobre la cubierta enemiga.

En las galeras debían llevar buceadores que empujaran las galeras enemigas hacia tierra, para así limitar su capacidad de maniobrar. E incluso dotados de taladros podían perforar el casco de las galeras enemigas.

La Segunda Partida habla de que en las naves debe llevarse “fuego de alquitrán” con los que quemar a los barcos enemigos.¹⁰⁸ No hace

¹⁰⁶ La loriga estaba formada por anillos metálicos entrelazados formando una malla.

¹⁰⁷ El perpunte era un sayo confeccionado con tejido grueso y acolchado que servía de defensa corporal.

¹⁰⁸ Parece que este fuego de alquitrán estaba hecho con pez, azufre, resina, óleo y todo ello envuelto en estopa, Glosa castellana al “Regimiento de los Príncipes” de

referencia al fuego griego, utilizado desde la antigüedad. Se trataba de una mezcla de petróleo, nafta (para conseguir su flotabilidad en el agua), azufre (para que emitiera gases tóxicos), cal viva (que al apagarse con el agua emite calor), resina (para activar la combustión), grasa (que actuaba como aglutinante) y nitrato potásico (que en su descomposición desprende oxígeno y permitía la combustión incluso debajo del agua). El fuego griego era lanzado por una especie de cañón. Si bien era considerada un arma terrible, sólo alcanzaba algunas decenas de metros, con el riesgo de que el viento le hiciese caer sobre los que lo lanzaban.

Contra el fuego griego se usaba arena, vinagre y orina, que conseguían apagarlo. Incluso hubo ocasiones en que todo el barco fue empapado en vinagre para impedir su incendio por el fuego griego.

Alfonso X aconsejaba que en la galera de guerra también se llevasen lanzas con garabatos de hierro, que servían para trabar al adversario y derribarlo. Las cadenas servían para amarrar los navíos entre sí, evitando que se acercaran peligrosamente a tierra o para unir las galeras propias y formar una hilera que bloqueara el paso al enemigo.

Refiriéndose a las naves de guerra romanas, dice Vegetio que son necesarias tres tipos de armas: las trancas, que es un poste fino y largo que pende del mástil, está cubierto de hierro por los extremos y se empuja como si fuese un ariete, con lo que derriban a los soldados e incluso puede perforar el casco del barco enemigo; la hoz es otra arma de hierro muy afilado, como una hoz, que va unido a lanzas muy largas, que sirve para cortar los cabos de amarre de la entena, lo que hace caer al suelo las velas; por último se encuentra el hacha de doble filo, con lo que marineros montados en pequeños botes cortan los cabos a los que van sujetos los timones del enemigo.

Es discutible la efectividad del espolón como arma. Ya en el siglo XVI y posterior tenía por misión romper la palamenta, sin conseguir perforar el casco del buque enemigo. No obstante, de la documentación de la época que analizamos, se desprende que era frecuente anegar las naves y que esto posiblemente se consiguiera lanzando el propio barco como ariete contra el costado de la nave adversaria. Si el hundimiento no se conseguía por el espolón, hay que suponer que era la proa de la galera la que lograba volcar la embarcación enemiga y hundirla.

Egidio Romano, edición, estudio preliminar y notas de Juan Beneyto Pérez, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, pp, 1072-1074.

También era muy frecuente la pérdida de la galera al ser incendiada. Esto se producía por el carácter inflamable del material con el que calafateaba o bien porque se prendieran las velas que hubiesen sido atacadas con saetas incendiarias o con dardos con cabeza de hierro y revestidos de estopa bañada en pez. Si el dardo impactaba con el casco, cabía el riesgo de que ardiera toda la galera, a menos que el equipo contra incendios actuara con rapidez.

El combate individual y organizado

Cuando se iniciaba un enfrentamiento entre galeras era de primordial importancia ganar la mejor posición. La lucha en el mar venía precedida de operaciones previas con las que se trataba de ganar una posición superior. Era una ventaja estar en mar abierto y profundo, y empujar al enemigo hacia la costa, con lo que perdía el ímpetu necesario para un contraataque. Esta situación se daba con frecuencia, porque los enfrentamientos navales en la Edad Media se daban cerca de la costa.

El ataque debía realizarse a favor del viento, obligando al adversario a situarse a sotavento, y realizando el ataque con la máxima intensidad de los remos y largando todo el aparejo. También era ventajoso situar al enemigo a sotacorriente.

Otro asunto era la posición respecto al Sol. Era beneficioso situarlo a la espalda y que diera de frente al enemigo. También su altura era de importancia, cuando más abajo estuvies, más molestaba al adversario.

Entrar en combate a palo seco (es decir sin las velas) era la forma más habitual, pero no siempre se hacía así. En cualquier caso, las velas debían quedar arboladas por si fuera necesario izarlas. Por su parte, los remeros debían ir a boga viva, para darle la mayor velocidad a su navío. La operación de llegar ventajoso al abordaje la realizaba el noachero.

La parte más ofensiva de una galera era la proa, donde se colocaban los proeles, que eran los mejores soldados. La parte más vulnerable de la galera eran las bandas, donde se encontraban la palamenta, ya que inutilizada ésta, se perdía también el gobierno de la embarcación. Esto significaba que el ataque de la galera debía de producirse por una de las amuras del barco enemigo, de tal suerte que se rompiera la palamenta y que finalmente la proa atacante se situara en las bandas. Para reducir este riesgo se colocaban en cada banda los alieres, o soldados que se oponían al abordaje por esta parte del barco. El lanzamiento contra el enemigo debía

hacerse con la máxima velocidad, superando a la del enemigo, de aquí que a veces fuera necesario usar además de los remos, todo el velamen.

La fase final del enfrentamiento entre galeras era el abordaje, con lo que se pretendía conquistar la nave enemiga. Incluso después de la introducción de las armas de fuego, el abordaje se realizaba con arma blanca. No siempre se llegaba al abordaje, ya que era igual de frecuente que la nave ardiera, o bien, que fuera anegada en el choque con el adversario. Cuando había comenzado el abordaje se abandonaba el gobierno de las velas y de los remos, con lo que toda la tripulación podía convertirse en defensores o atacantes, según la situación lo requiriese.

En previsión de los incendios, que como queda dicho eran muy frecuentes, en las galeras existía una seguridad interior que tenía preparada mantas mojadas, baldes de agua, incluso a veces se baldeaba la cubierta.

Comenzado el abordaje por la galera propia y para evitar que la enemiga pudiera alejarse, se unían ambas embarcaciones con cadenas, pero de tal forma, que los atacantes pudieran soltarse si fuese necesario, como ocurría cuando se producía un incendio en la nave enemiga.

Cuando el combate se realizaba entre dos flotas, era necesario adoptar un orden de batalla antes de que se llegara al abordaje.¹⁰⁹ Entre las numerosas agrupaciones de galeras se encontraba la hila, donde las naves iban en línea recta, encabezada por una de ellas. No era la formación más apta para el combate.

La formación en ala consistía en que las galeras llevaban el mismo rumbo pero alineadas oblicuamente. La formación en escuadrón iban todas las galeras situadas en una línea recta perpendicular al rumbo. Pero la formación más característica de las galeras era el frente alunado o la lúnula. Estaba compuesta por un grupo de galeras formando un arco de círculo, situando en su vértice a la galera que iba más atrasada. Este orden de batalla era el preferido por los romanos. Tal como dice Vegetio “habrá que colocar las liburnas [...] en forma de luna, de modo que con las alas echadas hacia delante el centro de la formación queda combada con el fin de que si los enemigos tratan de irrumpir contra la flota puedan ser envueltos por la formación y destruidos”.

¹⁰⁹ OLESA MUÑOZO, FRANCISCO-FELIPE: La galera en la navegación y el combate, Junta Ejecutiva del IV Centenario de la Batalla de Lepanto, 1971, tomo II.